



Contrataciones

Manuel Parra Aguilar

# Contrataciones

**Jus**  
CONTEMPORÁNEOS

LEGAL

# Mundos menores

## Primeras ausencias

Puedo decir que Rogelio llegó justo a tiempo a Villa Ahumada. Bajó del autobús —el mismo de color gris que lo regresaría a Chihuahua y de allí a Hermosillo el día sábado, quién lo creyera— y después de haberse comunicado con Osvaldo por celular caminó hacia la antigua estación de tren, hoy Casa de la Cultura, donde lo esperábamos.

—¿Tú eres Rogelio Rodríguez? —preguntó el Ogaz, acercándose con la mano extendida.

—Sí, mucho gusto.

—Yo soy Osvaldo Ogaz, el organizador del “Encuentro de Poetas en Villa Ahumada”. Bienvenido. Él es Jorge Cruz, de Ciudad Juárez. ¿Qué tal el viaje? Jorge va a ser tu compañero de cuarto. Nos hospedamos en el motel Gaby. Está a una calle de aquí. Jorge te va a llevar. Los dejo porque tengo que atender las mesas y acomodar las sillas en el audiovisual.

—Mucho gusto, Jorge. Hace frío en el pueblo.

—Sí, y prepárate porque mañana va a hacer más.

Me ofrecí a ayudarlo con una de las dos mochilas que llevaba, pues mostraba cansancio. Casi veinte horas en autobús desde Hermosillo a Chihuahua y de allí a Villa Ahumada. Caminamos al motel y me dijo que quería darse un baño con agua muy caliente, pues se sentía incómodo, por no decir sucio, además de que hacía un frío horrendo. Noté que ya era hora de la lectura, nuestra lectura, pues Osvaldo me había informado que, salvo Diego

y Rogelio, las demás personas le habían cancelado. Así que Osvaldo me pidió que adelantara un día mi lectura: en lugar de participar en la cuarta mesa el viernes, leería en la segunda, el jueves de la inauguración. El “Encuentro de Poetas en Villa Ahumada”, proyecto de Osvaldo, sería todo un éxito. No sé si al final dejamos huella en esa villa. Dejé a Rogelio en la habitación y decidí regresar a la antigua estación de tren donde se celebraba el encuentro. Vi a Diego sentado en la primera fila, justo cuando comenzó la lectura, y le dije que había llegado el poeta de Sonora y que, por azar, seríamos compañeros de cuarto. A nuestra mesa ya se había incorporado otro lector, Marlon, un joven poeta de Ciudad Valles. Diego me presentó a Marlon y me sorprendió su edad: dieciséis años. (Luego me decepcionaría su calidad literaria, tan pobre como la de la mayoría de los escritores, sin contar los pedantes que fueron durante el encuentro.)

Había comenzado la primera mesa: Osvaldo Ogaz, Gabriela Borunda, Denisse Chávez y el presidente municipal habían dado la bienvenida a un público que se acomodaba en la sala. Entonces llegó Rogelio, con chaleco de estambre sobre su camisa blanca. Se sentó a mi lado y se lo presenté a Diego. Diego Ordaz y yo estudiábamos el quinto semestre de la licenciatura en Literaturas Hispánicas en Ciudad Juárez. Rogelio nos ofreció un par de revistas suyas, que editaba en su ciudad. Guardé la mía en mi mochila.

De esa mesa de lectura, el menos malo fue Osvaldo, o por lo menos así me pareció. Gabriela Borunda le pidió que leyera el “Soneto a una puta” y el público le aplaudió como focas hambrientas.

Cuando comenzó la segunda mesa, por alguna razón extraña, el público llenaba totalmente la sala: jóvenes de preparatoria, maestras de primaria que llevaban a sus alumnos y gente en general. Primero leí yo: tres relatos. Diego, dos cuentos. Rogelio, un poema extenso y aburrido, y esto el público no se lo perdonó: mientras él leía

se escuchaban quejidos entre el auditorio, el “guarden silencio” de una profesora callando a sus alumnos. Marlon leyó cuatro poemas. Este muchacho fue el más aplaudido, tal vez por el tono de su voz o porque las jóvenes preparatorias vieron a su príncipe morocho, o porque desde un principio dio las pautas de lo que se esperaba de él: “Este poema que leeré es realmente bueno, pongan mucha atención”, dijo al darle vuelta a la hoja y leer otro escrito. Lástima que fueran tan malos, del primero al último.

Con estas dos mesas comenzó el encuentro. Al final de la velada el alcalde tomó de nuevo el micrófono y dio las gracias al público y a los escritores. Luego vino el brindis. Diego y yo nos acercamos a Rogelio. Diego dijo que creía que el poema de Rogelio titulado “Marina” era el más propositivo de la noche por la forma. Yo admití que me había perdido, por lo extenso. Rogelio agradeció los comentarios y quedamos en tomarnos una fotografía y comernos unos tacos para celebrar nuestra amistad. Ya era algo noche cuando, después de comerme tres burritos y una quesadilla, le dije a Rogelio que me iría a dormir. Le pedí la llave, pues él se había quedado con ella, pero dijo que se sentía cansado y que también se iba a descansar. Nos despedimos de Diego, pues él se regresaba esa misma noche a Ciudad Juárez. Rogelio y yo caminamos rumbo al motel. Abrió la puerta. Yo encendí mi primer cigarro desde que había llegado a Villa Ahumada. Le ofrecí uno a Rogelio pero negó con la cabeza. Hablamos sobre el encuentro. Mientras yo trataba de enfocar la plática en mis cuentos él se empeñó en hablar de la poca calidad de los demás lectores. Todos, aún concuerdo con él, eran pésimos.

En la oscuridad vi que se dio la vuelta en la cama; se arrojó de pies a cabeza. Decidí encender mi segundo cigarro. Cuando lo terminé pude escuchar cómo roncaba Rogelio.

Rogelio decidió irse de Villa Ahumada al día siguiente. Ya antes, dije, por la noche se había ido Diego. Era la primera vez que yo aceptaba una invitación de Osvaldo y del Colectivo Tole para ir a un encuentro de escritores. En lo personal yo también creo que el verdadero artista no necesita hacerse promoción: es su obra, por ella misma, la que debe promoverse. Uno le da el empujón, y si la obra lo amerita, adelante. Pero estos encuentros, por lo general, nada tienen que ver con la literatura. Son fiestas entre amigos, y como tal deben tomarse. Eso es lo divertido: que el escritor, ese ser aislado, pueda reunirse con personas afines: la literatura. Rogelio, por lo que pude ver, no concordaba, como yo, con las ideas social-demócratas, con el proselitismo de izquierda para salvaguardar el mundo, ideas de Osvaldo Ogaz y del Colectivo Tole, así como del Colectivo REZIZTE que apenas llegaba. No valía la pena quedarse más tiempo en la fiesta. Por ese motivo Diego regresó a Ciudad Juárez, dejándome a la deriva. Pero contaba con Rogelio, quien ya había tomado una decisión esa mañana cuando se despertó muy temprano y se metió a la regadera (aunque no fue precisamente el olor del jabón el que me haya despertado, tampoco el plop-plop del agua al caer) y me dijo que él ya se iba pues tenía otros compromisos en su ciudad. Dejé que se ventilara un poco el baño y le dije que me esperara, que no podía irse así como así, sin despedirse de Osvaldo, del colectivo que amablemente lo había invitado. (¿Cómo es que el colectivo lo había invitado? Esto se aclarará un poco más adelante, lo prometo, pues no fue ningún colectivo quien lo invitó, ni siquiera Osvaldo Ogaz.) Mientras yo me bañaba él contestó que sí, sí podía hacerlo y lo iba a hacer, pues su presencia en el “Encuentro de poetas en Villa Ahumada” ya no era relevante, ya que su participación había terminado y, según pudo notar, no eran su rollo las ideas que propugnaba el colectivo. Al salir del baño admití que tenía razón y que en ese caso tampoco yo tenía mucho que hacer en

el Encuentro, pero que por lo menos me aceptara una invitación a tomar un café.

Era la mañana. El desayuno se serviría, dijo Osvaldo por la noche, antes de abandonar la antigua estación de tren, a unas cuantas calles del motel, en una fonda, no en un restaurante como yo había pensado, como me había dicho días antes del encuentro. Convencí a Rogelio de que nos fuéramos a tomar un café y luego a desayunar, despedirnos —ya había decidido irme también—, eso sería todo. Salimos del motel, pasamos a un restaurante antes de llegar a la fonda y pedí dos cafés.

—¿Por qué te empeñas en quedarte? —me preguntó después de que la mesera colocara dos tazas de café al ras. En realidad no esperaba esa pregunta y por lo tanto le respondí lo primero que se me ocurrió: “No sé, por compromiso, supongo. El Ogaz nos va a ocupar para hacer otras lecturas pues ayer, antes de que tú vinieras, mucha gente le canceló”.

—Mira, creo que tú y yo estamos para otras cosas. Desconozco la obra de Osvaldo Ogaz, nunca lo había leído, ni siquiera había escuchado su nombre, pero lo que leyó ayer es una basura. Es la segunda ocasión que asisto a un encuentro de escritores y creo que es lo mismo en todos: se invita a los amigos. Se crean estos encuentros para darse importancia, para llamar la atención, que los vean, exhibirse: mírennos, somos poetas, somos escritores, cuando en realidad escribir versos como “La señorita, una puta que se bajaba los calzones” no es hacer poesía. Es irritante.

Mientras decía esto yo lo miré: subía el tono de voz de manera que las pocas personas que estaban nos voltearon a ver.

—Sí, es verdad —le dije—. Piensa en que son reuniones para darte a conocer, para que salgas y veas el mundo. A mí tampoco me agradan estos encuentros; pero mientras me sigan invitando iré.

—Pues sí. Pero déjame decirte una cosa: ese Osvaldo

Ogaz no es poeta, ¿entiendes? Lo que escribe no es poesía y sus colectivos me importan un rábano.

Salimos del restaurante y caminamos rumbo a la fonda donde sería el desayuno: de nuevo burritos y quesadillas. Los muchachos del Tole llegaron exactamente cuando entrábamos. Ahí, en el comedor, el Ogaz se nos acercó y le preguntó a Rogelio —después de agradecerle de nuevo su presencia en Villa Ahumada— qué le parecían sus poemas. Por supuesto que en esa mesa de manteles largos todos dejaron de comer para escuchar lo que decía ese hombre alto, de cara tostada, que por primera ocasión veíamos.

—Necesito leer algo tuyo para evitar comentarios que te pudieran ofender.

—A mí ningún comentario me ofende, bato. No será la primera vez ni la última que alguien me dice que mis poemas son malos o buenos. He participado en varios encuentros de escritores, en Acapulco, en Juárez, en Nueva York. Tengo publicados cuatro libros de sonetos y un chingo de cuentos en revistas.

Todos reímos, incluso Rogelio, quien preguntó, limpiándose el queso de la boca con una servilleta.

—Oswaldo, dime, ¿estás enterado de lo que ocurre en la literatura de Chihuahua? Si es así, qué rumbo crees tú que esté tomando.

Por supuesto que volvimos a reír ante semejante pregunta. No teníamos idea de que fuera una entrevista. Pero Oswaldo fue un poco más precavido:

—Mira, esa pregunta no te la voy a contestar; por lo menos no ahora, bato.

Y hasta hoy no lo ha hecho.

Seguimos desayunando y al término Oswaldo dijo al grupo que nos dividiríamos para hacer lecturas en escuelas primarias. Guardé silencio y dejé que Rogelio dijera algo, pero antes de que pudiera hablar Oswaldo nos designó una primaria, diciendo que en cuarenta minutos pasaría al motel una camioneta proporcionada, al igual

que el hospedaje y la alimentación, por el gobierno municipal para llevarnos a dicha escuela. La misma camioneta nos recogería una hora después.

Aún ahora me pregunto por qué Rogelio no le dijo algo al Ogaz, si era tanto lo que no quería estar en el Encuentro. El caso es que al regresar al motel Rogelio volvió a abrir sus maletas.

—Espero que esto mejore —dijo.

Me acosté en mi cama, encendí el televisor. “Entrémosle a la fiesta”, pensé. Por dentro reía. Era un punto a favor del Ogaz. Cuando tocaron a la puerta me di cuenta de que era Oswaldo.

Afuera estaba la camioneta, una suburban de modelo reciente, de color azul. Subimos y ya estaban dentro varios del Colectivo Tole. Perdido entre tanta gente, Rogelio preguntó a una chava si ella era Norma Alarcón.

—¿Tú eres Rogelio?

—Sí.

Rogelio había conocido a Norma Alarcón por internet. Ella le habló del “Encuentro de poetas en Villa Ahumada” diciéndole que conocía al organizador, Oswaldo Ogaz, y que si quería Rogelio podía ir, que con Oswaldo ya estaba todo arreglado. Ni Norma ni Rogelio se conocían salvo por messenger. Hablaron poco en el trayecto, sentados en la camioneta, ya que Norma se bajó antes que nosotros, junto con el Ogaz, Marcela Bermeo y Alejandro Muñoz, personas que ahí mismo, a bordo de la camioneta, conoció Rogelio y supo que eran del Colectivo Tole. Después, paulatinamente, nos dimos cuenta de que pocos eran los que valían la pena en cuanto a literatura se refiere.

Rogelio me confió que el público infantil nunca había sido su fuerte. Hoy tampoco lo es, me dice en un correo electrónico. A mí también se me dificulta ese tipo de público. Llegamos a la escuela primaria. Le dije a Rogelio que tenía temor y para mi suerte él me dijo que también



él estaba asustado. ¿Qué le podíamos leer a un público que oscilaba entre los seis y los doce años? Nos atendió una profesora de unos treinta años, de muy buen ver. Era la misma profesora que había intentado callar a sus alumnos el día de la inauguración del evento. Por puro flirteo le pregunté si a su marido le gustaba que ella le enseñara. “No soy casada”, dijo. Rogelio y yo reímos. Él se puso rojo; ella le coqueteaba, pude notarlo. Otra profesora, mucho mayor, nos llevó a un auditorio donde estaban los niños esperándonos. Me ofrecí a empezar, así que di una breve charla de lo que es la narrativa; hablé, por supuesto, de *Platero y yo*, *El Principito*, libros que se me vinieron a la mente. Rogelio improvisó unos versos de Gabriela Mistral y Federico García Lorca, y dijo que eran de él, de Rogelio Rodríguez, el muy mentiroso. Regaló sus revistas a los niños que le recitaran un poema. La dinámica tuvo mucho éxito, hay que reconocerlo. Al final las dos profesoras que nos atendieron sacaron a los grupos, Rogelio y yo esperamos a que salieran todos. La profesora más joven se nos acercó, moviendo las caderas: “Muy interesante su plática”, dijo.

—¿Cómo les fue? —nos preguntó el Ogaz en el estacionamiento del motel, después de que la camioneta nos recogiera, una hora después de que terminamos la charla en la primaria. Sin embargo, esa hora fue productiva, pues conversamos con la profesora. Supe que se llamaba Julia, que a poco de terminar la Escuela Normal en Ciudad Juárez probó suerte en la Secretaría de Educación y Cultura y la enviaron a dar clases a una primaria en Villa Ahumada. Había comenzado apenas ese año. Comentó, algo resentida, que el sueldo era muy precario para la vida a que estaba acostumbrada en Ciudad Juárez. Pensaba, dijo, en buscar otro empleo. Físicamente, Julia era, en una palabra, hermosa.

Rogelio le contestó a Osvaldo que nos había ido bien en la primaria y que estaba algo cansado. Yo dije que

tenía hambre. Ahí estaba Norma y Rogelio sólo la saludó moviendo la cabeza. Le entregó una revista, la misma que nos había dado a mí y a Diego, y Norma quedó en regalarle unos ejemplares de la revista del Colectivo Tole que ella editaba cerca de Ciudad Juárez, pero jamás lo hizo. Osvaldo también recibió su ejemplar de la revista procedente de Hermosillo, agradeció con una mueca, y la puso en uno de sus sobacos, sin darle importancia al detalle.

—Pues a mí me fue muy bien con los morros, les leí unos sonetos y los profesores pedían más y más. Norma —blanca ella, de 1.30 metros, aproximadamente, lentes grandes y nariz aguda, pómulos rosados por el frío en pleno mediodía— te puede decir, Roger, qué tan bien me fue. Jorge, en cuarenta minutos más vamos a comer, no te desesperes, bato; por lo pronto hay que descansar. Yo mero voy a tocarles la puerta.

Rogelio me pidió la llave del cuarto y entró. Yo lo seguí y me acosté pensando en cuántos burritos me comería, pero cuando Rogelio entró al baño el olor a mierda me quitó el apetito.

Llegamos, pues, a la misma fonda del día anterior, la de la mañana y la que sería la fonda de la noche. Cenaríamos burritos. Ahí, en la mesa, Rogelio atacó nuevamente al Ogaz: dijo que no creía que la poesía de Chihuahua fuera realmente propositiva, ni en la forma ni en el contenido, en la capacidad evocativa del verso libre de algunos que se llamaban a sí mismos escritores. Norma preguntó, con un pedazo de tortilla atravesado en la garganta, quiénes eran esos que se autonobraban escritores. Creo que ya desde antes en el Colectivo REZIZTE, en el Colectivo Tole, algo estaba roto por la presencia de Rogelio. Por supuesto que una vez que admití que Rogelio tenía razón los colectivos me consideraron su enemigo.

Por la tarde hubo un par de mesas de lectura. Ambas fueron, en contra de lo programado, en la plaza Abraham González. Hacía mucho frío, pero Rogelio, o Roger, como lo había nombrado el Ogaz, asistió. Sé que en la capital de Sonora no hace tanto frío; me sorprendió que Rogelio aceptara estar presente en lo que, para él, serían las últimas lecturas. Leyeron varias personas, entre ellas Norma Alarcón y Rogelio Rodríguez, quienes, como algunos más, no estaban programados. La gente, como casi en todas las mesas de lectura, llenó las calles aledañas. A eso de las siete de la tarde —se había suspendido la lectura en escuelas preparatorias— nos sentamos Rogelio y yo en una banca de la plaza a escuchar la música socialdemócrata del Colectivo REZIZTE, algunas cumbias colombianas al grito de “este mundo hay que cambiarlo, tú decides” del Colectivo Vagón de Chihuahua, ver los grafitis en mantas y playeras del Colectivo Tole. Digo que me sorprendió que Rogelio aguantara tanto el frío, cosa que yo no pude hacer, así que puse cualquier excusa para irme: le dije a Rogelio que iría al motel por una chamarra más gruesa, pero que volvería a la plaza a acompañarlo. Me fui, pues, dejándolo solo, totalmente alejado del grupo. Llegué a la habitación, abrí la puerta, entré, cerré y me acosté. Tomé el control del televisor y lo encendí para ver la telenovela. Por supuesto que no me iba a perder un capítulo de *La fea más bella* por un simple encuentro de escritores. El capítulo estuvo genial, como todos: atrayente. Casi para terminar llegó Rogelio algo eufórico, molesto, posesivo.

—¿Sabes qué? Me voy a regresar mañana mismo para Hermosillo. ¡A la chingada! Este encuentro es un asco, puta madre.

No pude evitar callarlo y preguntarle por qué pensaba de esa manera.

—Ese tipo que leyó, un pendejo él, un bato ya mayor, Jorge, una mierda de texto que él llamó poemas pero, chingado, no son poemas; cosas como “te quiero yo/ al

fondo de mi corazón/ está un borde de pasión/ que sin ti me hiere de dolor”, no, no, no, Jorge, eso no es poesía, chingado.

Para su suerte había terminado *La fea más bella* y lo pude escuchar.

—Bueno, bueno; sí, estoy de acuerdo contigo, Rogelio, pero cuándo pasó eso.

—Recién te fuiste, cabrón, dejándome abandonado, subió otra tanda de lectores y, como siempre, todos un asco. Deberían ser más selectivos en este tipo de eventos, no sé. No leer pendejadas.

—Ya lo habíamos hablado: generalmente, creo que lo sabes, se invita a los amigos a las fiestas. ¿Quién te invitó a ti? ¿No fue Norma Alarcón?

—Sí, fue Norma. Apenas tuve el contacto con ella por internet hace como un mes. Me habló de Osvaldo Ogaz, que era muy buen poeta, me dijo, cosa que hoy dudo mucho. Pero sí, es cierto, se invita a los compitas. Pero insisto, este tipo de encuentros el verdadero artista no los necesita. Creo que lo único que vale la pena, de todo lo que se ha leído, son tus cuentos, los de Diego Ordaz y si acaso ciertos poemas de Norma.

—Oye, harás que me lo crea y me alce el cuello. ¡Qué bien por ti que reconoces mis cuentos, porque si no te hubiera pegado unos chingazos!

—Nosotros ya estamos para otras cosas, no para estar en la variedad. Osvaldo y los colectivos se están dando una importancia que sus obras realmente no merecen. En verdad lo creo, Jorge. Estoy muy enojado con todo este rollo. Enojado y harto, ¿entiendes?

—¡Vientos! Mira, ya mañana nos vamos si quieres, tú para Hermosillo y yo para Juárez, ¿te parece? Ahora déjame ponerme una chamarra, esta vez sí me la pongo, y te invito una cerveza. Vi un bar cerca de la fonda a donde vamos a cenar, seguramente.

Aceptó de buen gusto, pero apenas salíamos de la habitación cuando llegó Gabriela Borunda a decirnos que

ya era hora de ir a cenar. Optamos, pues, ir primero por burritos y luego por esa cerveza.

Por la calle vimos gente del Colectivo Tole. Llegamos a la fonda e inmediatamente los colectivos se compactaron, nos dejaron de lado a Rogelio y a mí; también a Marlon y a Denisse Chávez. Tal vez tenían sus diferencias. Vi que Rogelio se volteaba a donde estaban los grupos y esperé a que les dijera algo. Como no sucedió cenamos en silencio.

Terminamos, salimos. Afuera le recordé a Rogelio la cerveza.

—Sí, vamos, quiero una.

Entramos al bar El Comodoro a unas calles de la fonda. Entró Rogelio primero, luego yo. Después entró el colectivo Tole. Al Ogaz fue el único que no vi. Rogelio y yo nos sentamos en la barra cuando vino una mesera gorda, fofa, de senos grasosos.

—¿Cerveza? —preguntó.

Pedí una XX Lager y Rogelio una Tecate y limones. La mesera gorda dio la vuelta y nos permitió ver, del otro lado de la barra, a Julia. No lo podía creer. La maestra había encendido en mí las ganas de masturbarme por la noche, cuando roncara Rogelio, y ahora la veía en el bar. ¿Cómo no pensar en que era un aviso divino, una oportunidad que se me brindaba para tirármela? Digo tirármela, así, y no hacer el amor. Uno es humano, con necesidades, es decir Julita. La maestra sacó de la hielera las dos cervezas que le pidió la mesera, levantó la vista y nos miró; es decir, le sonrió a Rogelio y no a mí. Entonces sucedió: recordó más a Rogelio que a mí, lo cual era un punto en mi contra. Julia se le acercó a la mesera y le dijo algo; la gorda nos trajo la cerveza y los limones.

—¿Es? —preguntó Rogelio algo colorado del rostro.

—Sí, es la profesora de la primaria, Julita, Rogelio, y te saludó. Llámala.

—¿Pero se llama Julia?

—Sí, sí.

—¿Cómo que es mesera de la barra?

—Está bien buena, Rogelio, llámala.

—No manches, ¿neta?

—Te digo que sí.

Pero Julia ya no volteó a donde nos encontrábamos. Se puso nerviosa. Esto hizo que me enfureciera y que se me subiera la excitación. Si sólo hubiera volteado a verme a mí y no a Rogelio. Estuve tratando de convencerlo de que la llamara o fuera por ella. Pero no tuve éxito. Creo que mi insistencia lo molestó, pues terminó su cerveza y de inmediato salió del bar, abriéndose paso.

—¿Ya se pelearon, borrachos? —escuché que alguien del colectivo, del otro lado de la barra, gritó a carcajadas.

Salí a buscar a Rogelio pero no lo vi sino hasta que, después de comprar cigarros en una licorería, fui al motel. Allí estaba: recostado, viendo el televisor.

—¿Qué pasó?

—Nada. ¿Era Julia?

—¿Te molestó lo que dije de ella?

—No, para nada. Yo te hablo del encuentro que es una mierda y tú me sacas plática acerca de tu calentura y la profesora.

—¿A poco no está buena? ¿Eres puñal?

—No, no soy joto.

—¿Y entonces?

—Entonces, qué.

Ya era casi media noche cuando lo convencí de volver al bar. Dije que la oportunidad de ver a la maestra era cuestión de azar. Que mi deseos se vieran de pronto realizables con Julia —“¡Uy, qué profesora, yo quiero que me enseñe todo!” — era un evento por el cual valía la pena haberse quedado en Villa Ahumada. Saqué en la habitación, de mi bolsillo, quinientos pesos y Rogelio doscientos. Por setecientos pesos Julia, lo planeamos muy bien, nos daría una mamada. Según Rogelio, una puta lo hacía en Hermosillo por cien; pero Julia no era una puta,

era una mesera... una profesora mesera. El plan lo fragüé perfectamente, sin oportunidad de errores: entraríamos a El Comodoro, nos sentaríamos de nuevo a la barra y Rogelio llamaría directamente a Julia, sin decir agua va. Le pediríamos un par de cervezas y en la siguiente ronda Rogelio le propondría el asunto. “Total, ya no volveremos a Villa Ahumada, esto queda entre nosotros.” Di por un hecho que ella aceptaría por setecientos pesos, que evitaríamos a la madrota fofa, que esperaríamos hasta que el bar cerrara —cuestión de minutos, el frío estaba a nuestro favor: un cuerpo caliente a otro, sobre todo de mujer— que iríamos al cuarto, nos daría una mamada a cada uno, le pagaríamos.

—¿Así le hacemos?

—O.K. ¿Qué hora es?

—Doce quince. ¿Tú pagas la cerveza?

—Sí —tosió Rogelio. Salimos rumbo al bar.

A las siete de la mañana nos fuimos de Villa Ahumada, sin despedirnos de Osvaldo, de Norma, de los colectivos. Admito que iba algo decepcionado. Entregué la llave al recepcionista y tomamos rumbo a la central de camiones, a unas calles del motel Gaby, de la antigua estación de tren, hoy Casa de la Cultura.

## El escritor

—¿Harías un cuento de esto? —le había preguntado en voz baja a la prima Noelia.

Olga estaba recargada en la espalda de Gerardo, amorrada (como ella después lo dijo, pues esas canciones le aburrían tanto a ella como a mí), cuando a tío Elías se le ocurrió pedir una taza de café, cosa que al parecer a Olga le molestó, pues la sacó de su descanso. Después de mirarme como preguntándome si no quería yo algo, de mirar a tío Elías, Olga se levantó, más resignada que con gusto, y desde la cocina le preguntó a la prima Noelia qué opinaba ella del cuento de Gerardo, que había sido publicado en una revista, mientras Gerardo nos miraba de manera presumida con esos ojos tan pequeños como dos puntos en su enorme rostro.

—¿Qué me dices entonces, Noelita? —preguntó Gerardo sabiendo que a mí y a la prima Noelia nos molesta el diminutivo. Pero Gerardo no se dirigía a mí sino a la prima Noelia, por eso no dije nada entonces, aunque vi lo incómoda que ella se sentía.

—Resulta que tu personaje me resulta más inverosímil cuanto más leo el cuento, pero entiendo que tu “Cuento del blasfemo” tiene cosas rescatables, Gera, excepto la onomatopeya de la mosca en su monólogo —la prima Noelia acostumbra abreviar los nombres siempre, sobre todo el de Gerardo.

—Claro, la parte más buena del cuento es cuando

un dios entra a la iglesia buscando a otro dios —dijo tío Elías sobre la voz chillona del cantante, el mismo tío Elías que utilizaba siempre un lenguaje muy amplio cuando hablaba con personas mayores, con otras personas que no fueran yo.

Gerardo se levantó y subiéndose los pantalones que le quedaban flojos puso el mismo disco en el reproductor. Olga se acercó a la prima Noelia, le sonrió y le ofreció azúcar justo en el momento en que, con la otra mano, le daba la taza de café a tío Elías, quien le puso dos cucharadas. La prima Noelia dejó el café en una mesita que estaba a su alcance, a la izquierda, sin haberlo probado, y la habitación se llenó de inmediato de ese aroma cálido y amargo a un mismo tiempo.

—¿Pero por qué no te gustó mi cuento? —preguntó Gerardo, poniendo en la boca de la prima Noelia palabras que ella no había dicho—. Los hechos son verdaderos, excepto los de la mosca, bien dices, que es la narradora de los sucesos. Tú no sabes lo previo, Noelita, sino lo posterior; lo que ocurrió en verdad con la gente de alrededor de la iglesia. No puedes saberlo porque no estuviste allí cuando entró aquel tipo e insultó al padre diciendo que él era Dios, ¿ves? Tú llegaste cuando ya había ocurrido todo, por eso no comprendiste la confusión en el cuento, ni siquiera cómo pasó en realidad. Fue entonces cuando me vino la idea de escribir algo.

—Pero yo sí estuve allí y no sucedió así —dijo Olga al bajar el volumen del reproductor, hojeando la portada del disco, tomando una silla, sentándose a un lado de donde estaba Gerardo, frente a nuestros ojos—. Tú serías un buen personaje de un mal cuento si fueras lo que no eres, Gerardo. Por eso me encantas.

Se acercó a él y lo besó.

Yo me sentí incómoda después de que Olga hizo el comentario. Pero tal vez ella tenía razón: Gerardo nunca hubiese escrito el cuento sin la visita del hombre ebrio a la iglesia, como Gerardo mismo dice, pero no porque

a él, a Gerardo, no le pareciera interesante la iglesia o los lentes del padre, el sermón, las piernas de algunas muchachas en las cuales se fijó, sino porque él cree que sólo los hechos más interesantes son dignos de ser contados. Pero Gerardo es todo un blasfemo, como bien dice tío Elías cuando hablamos a solas de Gerardo, y ese cuento había sido escrito por él y el único lector bueno sería él mismo.

La revista iba de mano en mano y cuando llegó a mí la prima Noelia me la quitó para volver a leer el cuento. Pude ver los gestos de incomodidad que iba haciendo la prima Noelia conforme leía, segura de que esa noche el personaje de Gerardo estaría en otra casa y no en una habitación carmesí llena de viejas fotografías y música cursi, bebiendo café amargo con Olga, con tío Elías, con ella, la prima Noelia, conmigo ya enfadada; todo justo como Gerardo le había dicho a la prima Noelia por teléfono que era su cuento, el primero publicado, y que después Gerardo sería todo un escritor. La prima Noelia emocionada al escuchar la nueva de Gerardo, preguntando a qué horas, cómo, cuándo podrían reunirse después de algunos meses de no hacerlo. Y estábamos ahí, hablaban Olga y Gerardo y tío Elías, esperando a que la prima Noelia terminara de leer el cuento, y yo pensaba en lo que dijo tío Elías a la prima Noelia antes de llegar a la casa de Gerardo, que el personaje del cuento era la mera máscara del mismo Gerardo. Entonces habían leído tío Elías y la prima Noelia. Pero a mí no me gustó la idea de pensar que Gerardo era en verdad su propio personaje y se lo hice saber a Olga en ese momento en que recordé lo dicho por tío Elías, quien cambió un poco el tema pues ya era muy tarde para que yo estuviera despierta.

—Puede ser, bonita, pero no sé a qué te refieres —me dijo Olga y dejó de mirarme, acomodándose de nuevo en el pecho de Gerardo.

—Pues yo entenderé poco, y más me gustaría ver



algunas cosas de esas que tanto estás escribiendo ahora. Tal vez sea algún cuentario el que preparas y yo nunca lo vaya a leer, Gera —dijo la prima Noelia. Ella sabe muchas cosas de Dios, del Diablo, pues acaba de terminar de estudiar la universidad.

Creo que Gerardo comenzó a desesperarse. Creo que Gerardo nunca tenía paciencia al esperar algún comentario de la prima Noelia acerca de sus cuentos, y la prima Noelia sabía por dónde había que atacar a Gerardo. Olga notó el tono con que la prima Noelia había hablado porque entonces dijo:

—¿Qué te creías, Gerardo? Noelita es una mujer muy perspicaz. En la iglesia, si tú me hubieras preguntado si yo la había visto por ahí yo te habría contestado que sí, y que además habías tenido razón en esperarla un rato afuera al ver al tipo que estaba borracho y gritaba cosas feas a las muchachas. Y eso no lo pusiste en tu cuento. Tú escribes algo que viste pero no pudiste intuir. Sobre todo en el cómo lo cuentas está el verdadero error, me parece, pero no por lo que has escrito sino por lo que no vimos ni tú ni yo, lo que pasó después cuando la gente de la iglesia sacó a golpes al borracho, por aquellas tantas cosas que tanto tú como yo sabíamos que debimos presenciar y no pudimos por esperar a la prima Noelia afuera, y que ella con su perspicacia supo adivinar al ver a aquel hombre que lloraba y decía que él era Dios. Al leer tu cuento, corazón...

—Tienes que prestarme tu baño, Olga —dijo tío Elías cuando le hablé al oído para que le dijera a Olga, pues me daba pena pedirle yo el baño después de lo del café. Olga rio y dijo que yo era muy graciosa en los cambios de tema, pues mientras ella se inspiraba tanto en lo que era la persona de la prima Noelia en Gerardo yo la interrumpía con una inesperada visita al sanitario. Pero le dije que me interesaba mucho saber lo que quería decir acerca de la prima Noelia cuando lo dijo, que me esperara sólo un momento, que no dijera nada. Mientras

Gerardo le acariciaba a ella, a Olga, la mano izquierda vi mi rostro reflejado en el espejo del lavabo, los ojos rojos de sueño, la boca chica. Y al cerrar la puerta vi a Olga recargada en sus propios muslos, cayendo rendida, amodorrada.

## Contraataque

Cuando lo supo Alf se enojó muchísimo. Dolores corrió a la puerta y salió a toda prisa, tras Alf. Yo busqué algodones o lo que fuera en mi casillero y sólo encontré amarillas hojas de cuaderno, telarañas entre los lápices, ábacos, gomas de mascar, gises rotos. Lo difícil, después de todo, no fue tranquilizar a Ernesto: se puso rojo, sudaba y un grueso hilo de sangre le corría de la nariz a la mano con la cual trataba detener la hemorragia. Fue hace poco, apenas minutos. En cualquier caso creo que yo nunca se lo habría dicho personalmente a Alf, como lo hizo Ernesto, sobre todo conociendo lo susceptible que es Alf. Suelen ser así, pero nunca habían llegado a tales extremos. La culpa de todo la tuvo Ernesto. Sí, es bien sabido que él suele ser así. Cuando Alf leyó su cuento en voz alta, Yanet me dijo: “¿Qué le parece, maestra?”

—Vamos a ver —le dije—. Vamos a ver.

Ernesto estaba sentado a la derecha de Dolores, Alf a un lado de Ernesto, Yanet justo enfrente de mí, entre varios pupitres vacíos, pues ni Manuel ni Bety llegaron a clase. Fue entonces cuando Ernesto se levantó, se dirigió a mi escritorio: “¿Pero qué mierda de texto es este?”, me dijo en voz baja mientras los demás alumnos leían la copia del cuento de Alf, lo analizaban muy seriamente, estoy segura. Puse atención en que Ernesto dijo texto y no cuento. Él suele ser así. En un principio no me enojé por lo que dijo Ernesto, ni siquiera lo miré, y apuesto

que Ernesto lo notó porque buscó mis ojos detrás de los lentes. No le dije nada, así que se fue a sentar a su pupitre, más resignado que convencido, a releer el cuento, supongo, pues lo vi rayar la hoja.

El cuento de Alf es muy bueno, está a la altura de lo que se puede esperar en los últimos escritos de este hombre de letras. El argumento es el siguiente: un niño con deficiencias mentales imagina cosas y personas. Mata a su padre (un famoso escritor) mientras éste se rasura en el baño. Más adelante el niño mata también a su madre, o se sugiere el hecho, pues no todo está tan claro. Es un buen cuento, aún lo creo, pues mientras los cuentos que se lean en clase sean los de Alf serán buenos.

La primera que defendió el cuento fue Yanet, no yo, como después me dirá seguramente Ernesto cuando se calme, pues él siempre espera que yo lo haga. “Me parece un buen cuento”, fue todo lo que dijo, ya que sus juicios literarios aún no le permitían más, pues apenas comenzaba a tomar el curso de Creación Literaria, al igual que Dolores. Dolores sonrió mirando a Alf, como preguntando si había aceptado el cumplido de Yanet. Fue Dolores quien preguntó: “¿Se puede hacer esto, maestra?”, señalando el momento en que el niño golpea con un palo la cabeza de un bandido imaginario. “Claro —le contesté—. Se puede hacer eso y mucho más”. Ernesto rio. ¿Quién se cree? Suele ser así.

—Quiero saber qué me dices tú de mi cuento —dijo Alf mirando a Ernesto de soslayo, de una manera orgullosa, retadora.

—El *texto* es muy malo.

Todos guardamos silencio. Sabemos lo intransigente que es Alf y también lo terco que es Ernesto en cuanto a los cuentos de Alf, ese señor que siempre hace cosas geniales. De cualquier manera creo que Ernesto le debía un poco de respeto a Alf o a sus compañeros, por lo menos en el trato. Pero ya estaba hecho: Ernesto había dicho que el texto —no el cuento— era malo. Alf no preguntó

por qué, sólo se levantó de su pupitre y una vena azul le rodeaba el cuello. “Esto es intolerable”, dijo alargando la “e” y dando vueltas alrededor de todos nosotros, que permanecemos sentados. Pude ver a Yanet bisbiseando con Dolores, a Dolores con una cara de borrego a medio morir. Muy malicioso Ernesto continuó blasfemando acerca del cuento: que si la historia, que si era escueto, que si el narrador, que si las perspectivas, que si las contradicciones y digresiones, inverosimilitud y, para colmo, que si la redacción. Alf se acercó a la ventana y aspiró un poco de aire. Yo no supe qué decir. Me quité los lentes y los limpié con las mangas de la blusa para volvérmelos a poner y ver lo que vi. “A mí me parece bonito”, dijo Dolores interrumpiendo el silencio que de pronto se había hecho. Indudablemente había algo de complicidad en ese comentario, como dice Ernesto, quien rio ante la ingenuidad de Dolores. Entonces sucedió lo que ahora estoy contando: Alf no me miró, no miró a nadie, ni siquiera a Dolores, se acercó a Ernesto y le dio un puñete justo en la nariz. Al instante brotó un chorro de sangre. Yo me quedé asombrada. Alf abrió la puerta, ya estaba fuera del aula, ya caminaba en el corredor, ya se iba dando golpes a los cristales. Dolores se puso histérica, buscó algo en su bolsillo, sacó una hoja de cuaderno. Yanet abrió enormemente los ojos, quitándose los lentes para ver a Ernesto, a cualquier lado. Ella intentaba reír pero no pudo. Yo me levanté, me acerqué a Ernesto y pude ver su rostro blanco, vi lo mal que estaba su nariz. “Esto sería un buen cuento si no me doliera”, dijo mirando a Yanet quien se levantó de su pupitre sin acercársele a Ernesto. Yo no entendí nada hasta que ya todo había pasado, si no yo misma no lo hubiese creído: después de Alf, salió Dolores del aula, a toda prisa.



## Mundos menores

Vicente se enamoró absurdamente de Alejandra, la mujer con sombrero. Se acercó a mi escritorio y me dijo muy serio, mirándome a los ojos: “Benjamín, hazme un poema para esta mujer”. Entendí que era una orden, no que me pidiera un favor. Para ser justo, Vicente estaba desesperado, aunque ya pertenecía, de cierto modo, a la Asociación de Escritores.

Contra lo que dijo la primera vez que nos vimos, Vicente no ha leído ningún libro mío, así que sus zalamerías siempre fueron para sacarme información. Yo también lo hice en su momento; por eso no me molestó que él lo intentara. Lo conocí en la librería Libertador #487. Se me acercó y de pronto nos encontramos hablando de la seguridad nacional, no de literatura —una de las cosas que más odio cuando estoy con las personas es hablar de literatura; me aburro; para mí la literatura siempre ha sido sólo un medio—. Ya éramos enemigos: nuestras ideas de izquierda no concordaban. No lo volví a ver hasta la ceremonia de premiación del concurso de la Asociación de Escritores. “¿Te acuerdas de mí?”, me preguntó con su cara encendida. Vicente había ganado el primer lugar. Admití, frente a periodistas y gente de la radio, que no, no lo recordaba.

—En la librería Libertador #487 —insistió—. Te dije que iba a participar en este concurso. Mira, y yo sin saber

que serías parte del jurado. Ustedes, los escritores, son famosos y elitistas.

Eso último me agradó, pues hasta entonces era la única persona que conocía —lo había dicho en la Libertador— que leyera mis libros. Y ahora salía con que los escritores eran famosos. De cierta manera yo lo era, pues él, Vicente, ya contaba como un lector. Un lector masivo, pensé, si comprara todas las ediciones de mis libros.

—Soy Vicente, Vicente Antuna.

Delgado, cejijunto, nariz afilada, barba espesa, dos pequeños ojos detrás de los lentes, cierta falta de cabello en la coronilla, según pude notar después.

—Ah, perdón —mentí—. No te pude reconocer por la gorra.

—¿Ahora sí? —dijo quitándosela, haciendo una mueca de burla.

Me encontraba acorralado, definitiva, absolutamente. Para mi suerte llegó Alejandra (sólo con su presencia podía aspirar a que se consumara mi venganza), la joven escritora que entonces no me agradaba para nada, pero era mejor estar al lado de ella que al lado de Vicente.

—Veo que se conocen Vicente y tú —dijo Alejandra—. Entonces, fuera presentaciones. ¿Me invitas una copa, Benja? Y me jaló hacia la mesa donde se encontraban las bebidas, dejando atrás a Vicente, quien no dijo ni pío mientras los reporteros lo rodeaban.

—De la que me salvaste, Alex —le dije después de la primera copa de un vino barato—. Es la segunda ocasión que veo a ese tipo. Dice que leyó mis libros, y eso me atemoriza.

—¿Quién te atemoriza? ¿Vicente? Si es de lo más mono. Me alegro de que él ganara. No sabía que se dedicara a la escritura —mintió.

—No, Alex, no me entiendes —me aflojé la corbata, me sequé el sudor de la frente con una servilleta.

—Claro que te entiendo, precioso. Vicente es muy obsesivo, creo. Mira cómo sonrío con esa boca tan falsa.

Escuché cómo preguntaba por ti a Roque y vi cómo se te acercó. ¡Y yo interrumpí tan solemne acto! Qué pena. Mira, allá va Adrián Lobos. ¿Sabías que sacó su primer disco de hip hop? ¡Hola, primor! —dijo, y se marchó con Adrián. La odié más de lo que ya la odiaba, se entiende.

Pensé marcharme lo antes posible. Me sentí incómodo e infeliz. Detesto las reuniones. Prefiero la soledad. Si asistí fue para leer el acta del jurado y para terminar mi desquite. Traté de olvidarme de Alejandra y me escondí con la intención de escapar de Vicente, del resto de las personas, de los reporteros que buscaban una imagen mía al lado del joven poeta. De lejos pude ver a Vicente preguntando por mí al mismo Adrián —Alejandra ya se había ido con otro. Me despedía de los amigos de la Asociación cuando me alcanzó Roque García, el presidente.

—¿Por qué te vas?

Como no encontré excusa alguna no le dije nada.

Me fui justo cuando Vicente se acercaba para despedirse.

Está bien. Vicente no me cayó tan mal. Fueron sus comentarios en la Libertador. Me preguntó si yo era quien él creía que era.

—Bueno, no soy Bruno Díaz, muchacho —le dije sonriendo. Él aceptó la broma. Me comentó con una sonrisa que ya había leído mis libros y que jamás imaginaba encontrarse con el autor en una librería de viejo. Ese comentario me agradó (soy humano), aunque lo consideré un cumplido.

Llevaba *Díada* y un libro de Pound. Yo traía el *Romancero gitano* y una primera edición de *Se necesitan ojos*.

—Vaya —le dije—, lee buenos libros.

—Ahora sí —me dijo—, aunque comencé mal mis lecturas. También llevas buenos títulos (odié el tuteo); lástima del resultado.

Entonces sucedió.

—¿A qué te refieres? —le dije camino a la caja registradora.

Se volteó, me miró a los ojos y dijo:

—Tus libros son deleznable. Mucho gusto —me tendió la mano—. Me llamo Vicente. Vicente Antuna. También escribo, poemas.

El comentario me sacó de mis casillas, pero me contuve.

—Mucho gusto, Vicente. Luego platicamos, tengo que irme.

Dudé en aceptar o no que pagara mis libros (entonces se encontraba Beto como despachador donde antes estaba Silvita), me abrió la puerta del local como si yo no la pudiera abrir, se ofreció a acompañarme a mi auto. Busqué las llaves, me subí, encendí el motor, arrojé los libros al asiento de atrás. Me fui. En realidad no tenía compromiso alguno para no darle raite, como me lo había sugerido su compañía.

Estaba molesto.

Curiosamente, a Roque se le ocurrió llevar a la reunión del día siguiente a Alejandra. Alejandra no es bella, es más bien flaca y plana del pecho. Tiene piernas largas y delgadas que contrastan con su carnoso trasero. En realidad no es rubia natural, ella sabe que yo lo sé. Ama los días de fiesta y le gusta pasear los domingos por el parque después de ir a misa. Estuve esperando a Roque en el café. Roque García es impuntual. Odio a ese tipo de personas. Llegó, como dije, con Alejandra, quien no soltó a Roque para nada mientras estuvimos en el lugar. Firmamos el convenio. Unos amigos tenían una revista literaria, ya iban por el número cinco y querían hacer una presentación en la capital. Solamente pedían una invitación con membrete; ellos se encargarían de buscar apoyo con alguna institución para los viáticos; nosotros, la Asociación de Escritores, del hospedaje. Y digo nosotros,

incluyendo a Alejandra. Yo, como paisano de los interesados, firmaría el acta como responsable del proyecto y enviaría la invitación por correo a la mañana siguiente. Por supuesto que no le dije a Roque que no les había llamado por teléfono como acordamos en la ceremonia.

Luego de terminar el trámite burocrático, Alejandra le habló al mesero, hizo a un lado las tazas de café, la de Roque y la mía, y pidió cerveza. “Para celebrar que vienen los paisanos, tus paisanos”, se corrigió. Aún a veces me sorprende que esa mujer de enorme trasero pueda escribir cosas interesantes. Hablamos sobre la ceremonia de premiación, los autores, quién se encargaría de incinerar los trabajos no premiados. Alejandra llevó la plática a Vicente Antuna y su obra. Hice a un lado mi cerveza y Alex se la bebió de dos tragos. Cuando me lo preguntó, le contesté que no sabía de quién era la obra, y que ni siquiera conocía a ese hombre que se me acercó en la ceremonia. Roque se sintió ofendido: ¿cómo imaginaba Alejandra siquiera que la Asociación de Escritores iba a regalar premios a los autores amigos del jurado? Entonces ella desvió el tema hacia los asistentes de la ceremonia, lo cual, por primera vez, no me molestó.

Habló de lo que había crecido la hija de Jazhal (“apenas era una niña ayer, ahora ya es una mujercita”), de lo mal vestido que estaba Gerardo (sin mencionar su aumento de peso) de las salchichas que se comió Paulina Taddei (esa pintora) de cómo se enteró después de que Gladis había terminado con Javier (que no había asistido). “Vicente Antuna fue el más recatado de los ganadores, a pesar de la gorra horrible que llevaba puesta”, sentenció, y volteó a verme. Roque llamó al mesero y pidió la cuenta, preguntando después si Alejandra y yo nos quedábamos a seguir la charla, pues él ya se iba. El tema le molestaba, era obvio; no quería averiguar más de lo que seguramente Alex debió contarle que sospechaba. Por mi lado, no me interesaba en lo más mínimo saber si Alex se acercó a Vicente después de que yo me fui.

Entonces dijo Alejandra que recientemente había conocido a Vicente Antuna en la librería Libertador #487, que Vicente se le acercó y le preguntó si en realidad ella era Alejandra Murcho, que luego hablaron de la seguridad nacional, y que de pronto, sin saber cómo, se encontró comprometida a leer un material literario de Vicente. Sin intención se había delatado ella misma: en la ceremonia me dijo que no sabía que Vicente Antuna fuera escritor.

Roque se levantó y me sugirió que le diera un empujoncito a la carrera literaria de Antuna, pues —tomó de los hombros a Alejandra— es una seria promesa para la literatura.

Luego se despidieron: él con un “No olvides enviar ese sobre mañana” y ella soltando un beso: “Chao, precioso”.

No, Alex no tenía pruebas. Me había vengado pero no me encontraba feliz.

Me quedé allí, a pesar de mi misantropía. Pedí mi sexta taza de café. Pero no me la terminé.

Jamás, en realidad, había conocido a uno de mis lectores. Ciertamente, mis amigos leían mis obras, y éstas se distribuían muy bien. Recientemente había firmado un contrato para que uno de mis libros fuera traducido al francés. De cierta manera gozaba de prestigio literario, y eso lo consideraba la Asociación. En cuanto a los otros creadores, los conocía, conversaba con ellos en distintas reuniones. Yo asistía pocas veces. Las personas con las que trataba jamás se acercaban a mí para que los apoyara y eso me tenía contento. Por eso me tomó por sorpresa que el mismo Roque me pidiera que apoyara a Vicente, a quien Roque llamaba por su apellido. Por lo demás, era muy poco el tiempo que había conversado con Vicente. A pesar de lo mal que se portó, no tenía por qué preocuparme. En otras palabras, pues, el comentario de Vicente había sido solamente eso: un comentario, y no tenía por qué

ofenderme. ¿Por qué huía de él entonces? ¿Por qué huía de las demás personas?

Ahora bien, siendo Vicente poeta, ¿por qué me pidió que le hiciera un poema para la mujer con sombrero que aparecía en la foto, quien no era otra que Alejandra? Conocí de cerca la sonrisa de Alejandra y nada quedó pendiente aquella vez. Y sin más, “Benjamín, hazme un poema”, dijo Vicente sin siquiera saber nada de nada.

Dije que Alejandra no es bella pero es inteligente. Conoce bien mi estilo. ¿Se dio cuenta de que el autor de ese poema soy yo y no Vicente Antuna?

—Por eso no hay problema. Diré que es influencia tuya —dijo retirándose la fotografía, casi arrebatándomela.

—Pero tú ya la conoces, es mejor hablar con ella directamente, ¿no crees? —le dije lo primero que se me ocurrió esa segunda vez que iba a mi departamento, mientras él sacaba de su camisa el fajo de billetes. Era la noche siguiente a la ceremonia de premiación.

—No, no. Es imposible. Eso ya lo hice. Ya casi la convido, Benja, sólo que siempre anda con el gordito ese.

—¿Roque? Es gay.

—Sí, Roque, y da pena acercarse cuando él está.

—¿Entonces?

—No —dijo, y se recostó en mi cama, hojeando un libro de Claudia Reina que estaba a la mano, quitándose la gorra fea que traía en la calva.

Era obvio que no cedería fácilmente. Es tan porfiado como yo.

—Hazme ese poema, ya lo has hecho anteriormente. ¿Acaso no fue Alejandra parte del jurado del concurso de la Asociación? No se dio cuenta.

Tenía razón. Alex, como Javier Munguía y yo, había sido jurado. Por Javier no tenía por qué preocuparme, pues siempre supe que ese venezolano no había leído nada mío. Tan inocente el pobre. Además, yo había

sacado ventaja de su ruptura amorosa; Javier no estaba concentrado cuando leíamos el material. De Alejandra sí me sorprendió que no se diera cuenta, o así lo creí. Y ahora Vicente, Vicente Antuna me estaba chantajeando con eso para poder ligarse a Alejandra.

Me tenía acorralado, como yo a él.

—Es el último que te hago, que te doy, el segundo y último.

Para empezar diré que no soy poeta. La poesía nunca se me ha dado. Me gustan los poemas de Pavese, las imágenes pletóricas de Lorca, el pesimismo de Kavafis, pero nunca antes he publicado un poema. O por lo menos no con mi nombre. Los que escribo no los muestro, o no lo hacía sino solamente a la persona indicada. La poesía es exclusiva de los poetas.

Cuando se presentó Vicente, y me dijo que mis libros no eran buenos, aunque no fue eso en realidad lo que dijo, me vino la idea. La Asociación de Escritores, de la cual soy miembro honorario, lanza una convocatoria anual para un premio en efectivo y publica la obra galaronada. Como miembro del jurado, establecido ya una semana antes por el presidente de la Asociación, D. Roque García, pude leer todas las obras y otorgar algunas menciones de honor. Por otro lado, el premio era y es muy tentador.

Vicente, mientras pagaba los libros, me dijo que tenía unos poemas en su casa y quería mostrármelos. Comúnmente visitaba la Libertador #487, pues Alejandra Murcho iba con frecuencia, y él admiraba la obra de esa joven poeta, pero por temor no se le acercaba.

Pagó mis libros, comprometiéndome así a leer su material. De mala gana lo invité a mi departamento la tarde siguiente. Le di mi dirección en una hoja de cuaderno; él me pidió luego que la autografiara.

“Me gustan mucho tus novelas —alcancé a escucharlo cuando encendí el motor del auto, ya en el estacionamiento.

Te veo mañana —de nuevo ese tuteo— a las seis de la tarde. Por supuesto, iré con los poemas.

Entendí que en verdad no había leído nada mío pues sólo tengo dos libros publicados, y ninguno es novela.

Hablé poco con Alejandra en aquella ceremonia de premiación. Pude haberle dicho todas estas cosas. Lo que menos quería hacer era estar mucho tiempo en el salón, y menos quería que Vicente se me acercara. Así que cuando Alejandra me jaló vi la oportunidad de escapar de toda sospecha. Aunque también temí que Alejandra me descubriera.

En el café, al día siguiente, y con Roque ya queriéndose ir, fue cuando supe cómo se habían conocido ella y Vicente.

Supuse que fue así:

*Alex, paseándose en el interior de la librería Libertador #487, con algún libro en la mano... no, no debe ser “algún libro”, debe ser exactamente el Romancero gitano y una primera edición de Se necesitan ojos, cuando Vicente, entre que sí y no, se acerca a ella. Vicente trae estrictamente en su mano Díada y algo de Pound. Hay pocas personas. Es el año de Mozart, así que suena un violín, apenas perceptible pero delicioso, en las bocinas del local. Todas las personas que intervienen hablan en voz baja hasta salir de la librería.*

*Ella: (Caminando y deteniéndose en el estante de poetas americanos, pues cierto libro de Dante Sepúlveda le atrae de pronto) Ajá.*

*Él: (Acercándose y dándole la espalda, como sin ver, para tocarla apenas por atrás) Disculpe.*

*(Ella lo mira y sonrío coquetamente, como antes lo hacía conmigo)*

*Él: (Decidido) Ah, perdón. (Mutis. Ella le da la espalda de nuevo y él le toca el hombro para llamarla) ¿Tú eres Alejandra, Alejandra Murcho, verdad?*

*Ella: (Voltea y lo mira de frente, sonrío) Sí.*

*(Se oye un ruido de coches por la calle, la voz de una*



*mujer preguntándole al encargado por algunos libros. Sigue Mozart)*

Él: *(Con voz segura)* Hola. *(Le tiende la mano)* Me llamo Vicente Antuna. He leído tus libros, y me encanta mucho el tono coloquial pero profundo de tus escritos.

Ella: ¿En serio? Ah, muchas gracias, gracias por el comentario.

*(Cruza un empleado rumbo a la oficina. Sus pasos interfieren con Mozart, de tal manera que alguien del otro lado del estante gime y el empleado corrige el paso, casi de puntitas)*

Él: *(Animándose)* Ya antes te había visto por aquí, sólo que me daba pena acercarme. Tú sabes, las estrellas te ciegan.

Ella: Oh, no importa. ¿También escribes?

Él: Sí, quisiera mostrarte algo después, claro, si estás disponible.

Ella: *(Mirando a cualquier lugar, sin ver. Se arrepiente de haber hecho la pregunta)* Claro, luego tomamos un café.

Él: Qué bien. Con lo peligroso que es hablar con extraños; la gente ya no quiere conversar en la calle. Supe del concurso de la Asociación de Escritores. Pienso entrar.

Ella: Sería bueno que le entraras. Te serviría como estímulo si acaso ganas. Imagínate publicado tu poema.

*(Ella poco a poco camina hacia la caja registradora. Dejó atrás el libro de Sepúlveda. El cajero debe ser moreno y delgado, con anteojos)*

El cajero: *(Sonriendo)* Mucho gusto, señorita Murcho.

Ella: Hola, Beto, precioso. ¿Cómo estás?

El cajero: Bien, bien. Gracias. Son noventa y ocho pesos.

*(Ella va a sacar el dinero de su bolso pero Vicente se adelanta y le ofrece un billete de cien.)*

Él: Aquí tiene. También cúbrense estos otros. *(Le entrega al cajero los otros libros que traía en la mano)*

Ella: Ah, eres muy galante.

El cajero: Son ciento veinticinco.

Él: *(Tendiéndole dos billetes de cien al cajero, pero dirigiéndose a Alejandra)* No es nada, Alejandra. Así es un compromiso que revises mis poemas. Ese también es un estímulo para participar.

El cajero: Aquí está el cambio. Muchas gracias.

Ella: Muchas gracias... ¿Cómo te llamas?

*(Caminan)*

Él: Vicente. Vicente Antuna.

*(El abre la puerta de la librería y salen juntos. Atrás quedó Mozart. En la acera él intenta cubrirla de halagos, lo cual hace que ella apure el paso hasta llegar al coche.)*

Él: *(Con intención)* ¿Dónde te puedo localizar? Quedaste en leer mis poemas, quiero participar en el concurso.

Ella: *(Sacando las llaves del auto)* No te ofrezco raite, Vicente, disculpa, es que voy a casa de un amigo. *(El sol está por morir. Ella debe sentirse comprometida e incómoda, así que decide escapar lo antes posible y solamente se le ocurre darle una dirección de cualquier amigo, el que fuera, con tal de no verlo de nuevo)* Mira, aquí tienes mi dirección. Teléfono no tengo, me lo cortaron, celular menos, no estoy globalizada. *(El hace una seña para que le firme el papel con la dirección)* Ve mañana, a las seis.

Él: *(Mientras ella cierra la puerta y se va, grita)* Me gustan mucho tus novelas, Alejandra.

Ella: *(Para sí)* Hasta mañana, y suerte.

Así fue como llegó a mi casa aquella tarde. Dije ya que soy misántropo, pero aún así me gusta que mis amigos me visiten. Bueno, solamente ciertos amigos. Trabajo sin ruido, pues no lo soporto. No tengo mascotas. Así trabajo. Cuando llamaron a la puerta la primera ocasión revisé mi agenda para verificar que no había olvidado un compromiso. Eso fue temprano. No abrí. Ignoro si era Vicente o no quien tocaba. ¿Por qué no pensar que fue Alex para advertirme de Vicente? Tocaron varias veces.

Luego se calmó el ruido para empezar de nuevo. Yo estaba escribiendo el cuento y ese ruido me molestaba. Así que decidí abrir, así sin más, sin asomarme por la persiana. Allí estaba él, con su corbata, misma que luego dejó olvidada en el respaldo del asiento de mi escritorio.

—¿Se encuentra Alejandra Murcho?

—¿Quién, perdón? —le pregunté sorprendido.

—Alejandra Murcho, es escritora.

—No, aquí no vive ninguna Alejandra. Estás equivocado, muchacho.

Iba a cerrar la puerta en su nariz cuando dijo:

—¿Eres Benjamín Rúelas?

Me descubrió.

—No soy Bruno Díaz, muchacho —le dije sonriendo.

—Tú conoces a Alejandra Murcho, ¿verdad? ¿Me puedes decir dónde vive?

—No, no te puedo decir dónde vive. ¿Te debe dinero o algo así?

Vi que traía en su mano dos libros de Alejandra Murcho todavía envueltos, lo cual me pareció agradable y hasta tierno; hizo que me acordara de mí mismo. Así que lo dejé entrar. “Anda, pasa”, le dije. “¿Cómo te llamas?” Vicente no es mayor de veinticinco años. Traía unos recortes de periódicos donde Alejandra es entrevistada por su contrato para publicar sus cuentos traducidos al francés; también una fotografía tomada en la Libertador #487: Alex aparece con sombrero.

—Oye, ¿estás obsesionado por la obra de Alejandra o por ella?

—Por ella —dijo sin dudar.

Me explicó cómo fue que por fin se había acercado a Alex y que ella le había dado mi dirección.

—De ti he leído *Las medias tintas y Contrataciones*.

—Sí, son libros que tengo.

Del cartapacio que traía sacó un cuaderno de poemas; comentó que quería participar en el concurso de la

Asociación de Escritores. Entonces deseé vengarme de la broma de Alex. Además, necesitaba dinero. Pensé en participar en el concurso de la Asociación con un prestanombres, sólo que no me había animado. Ahora llegaba Vicente y no era mala idea pensar en ese concurso para vengarme. Ya tenía algunos poemas por ahí, y viendo que Vicente traía su cartapacio, pues... Además no me fue difícil convencerlo: él tendría acceso al parnaso literario estatal y, claro, a la Asociación de Escritores, lo cual significaba estar cerca de Alejandra, cosa más importante para él que la literatura.

Aceptó.

Quedé en luego facilitarle la dirección de Alejandra, sólo que por el momento no era conveniente para mí, pues aún me dolía lo de ella y lo mío. Sí, aceptó.

Le hice de nuevo un poema la última vez que lo vi; quiero decir que le entregué un poema, pues guardo algunos escritos. La venganza, por otro lado, estaba consumada. Además había tenido dinero extra. Después de la premiación me marché a casa. Al día siguiente fui al café Domínguez a verme con Roque y Alex. Me desagradó verla allí en el café, como antes. Por la tarde, y ya casi para dormirme, llegó Vicente Antuna. Lo dejé pasar y le entregué el poema. Él me entregó mi parte del premio. Apuesto a que Vicente aún no ha leído obra mía. Apuesto cualquier cosa a que ni siquiera sabe que escribo cuentos.

Para causar



## Lado ciego

Era como si todo hubiera terminado después de algunos días en los que ella había permanecido callada. Pensó en no creer lo que le había sucedido. No porque le hubiera sucedido, sino porque algunas cosas, la habitación, el hombre, la cama, algunas fotografías de Enrique y Genoveva colgadas en la pared marrón, sonriendo desde Saint Germain Des Pres, sosteniendo en sus manos una reproducción al óleo de un cuadro, permanecían allí para afirmar que no había sido una fantasía. El hombre se levantó del suelo donde había dormido esa noche como todas las anteriores después de lo sucedido. Ella lo vio ir a la cocina, escuchó cómo se le cayó un vaso, lo imaginó levantarlo, beber agua y luego lo vio regresar, traerle un poco a ella que permanecía en la cama. Ella rechazó el vaso negando con la cabeza y pensó en Genoveva, que a esa hora ya debía haber salido rumbo al trabajo. A falta de mueble alguno, el hombre se dobló de rodillas en el suelo para no hacer presión en la cama de ella. Ella no pudo resistir la mirada del hombre que le sonreía, esperando que le respondiera de la misma manera. Fue entonces cuando ella cerró los ojos, y en los fosfenos sintió cómo de pronto por la ventana entraban los ruidos de los coches, los primeros rayos de sol de ese día de marzo después de que el hombre se levantara de nuevo y corriera las cortinas.

—Siempre me preguntaba si estos ojos con los que

miraba las manos eran realmente míos; si las manos que miraba eran mías cuando hacía las cosas para ti. Aquí me quedé según la costumbre, sin reclamarte nada, sin pedirte siquiera verdadera atención, como la de ahora. Tuvimos a nuestros hijos que se fueron luego del accidente. ¿Y lo que me pasó, lo que vivimos tú y yo, dónde lo dejo? ¿Acaso ocurrió?

Pero él no la escuchaba. Después de dejar el vaso en el alféizar de la ventana miró el retrato colgado en la pared, en las manos de Enrique, clara, la reproducción de *Le Déjeuner sur l'herbe* y pensaba en los paseos cuando eran novios; en la primera vez que le había tomado la mano, años atrás; en la noche; en morder sus labios; en verla reír. En eso pensaba.

## Conste

Conocí a Paulina Taddei en el metro, en la estación de Taxqueña. Ya anteriormente habíamos coincidido, días atrás, pero sólo hasta ese momento, cuando el asiento a su lado estaba vacío, me acerqué mientras pensaba en cualquier óleo que la italiana había realizado durante el verano, cerca de Porto Maurizio, cómo no. Bajé la mirada un poco para que no notara mi rubor al sentarme como por casualidad junto a ella. En realidad, ninguna estratagema anterior había funcionado para que la pintora volteara a verme; por lo tanto, estar sentado al lado suyo se dio de manera natural. Fue un momento de esos en que la sorpresa tarda en llegar y cuando llega uno no puede evitar comportarse como un idiota y entonces da igual que las cosas sucedan o no. Lo que me atrajo desde el momento de sentarme hasta que se levantó ofreciéndome su tarjeta fueron sus senos: llevaba la misma blusa azul cobalto de todos los jueves. Deseé que se acercara la anciana con bastón un poco para ofrecerle el asiento y así poder mirar a Taddei y sus senos desde arriba, pretextando cualquier motivo para mirar hacia abajo, continuando la charla de los desnudos en Balthus, de cierta metafísica y erotismo en Luciano Erba: “Quando mi vede a Losana...” ¡Por favor, cómo lo puede creer! Miré hacia la ventana de mi izquierda, como por acto reflejo al sentirme acosado inesperadamente, y de pronto la pintora de *Il Suono* esquivó mi mirada. Decidí seguir

por un momento el juego: volteé hacia el pasillo, miré a la anciana que sonreía a los muchachos, esto mientras me abrochaba la agujeta del zapato, esperando que al voltear de nuevo hacia Paulina Taddei me siguiera mirando un instante, el mismo que había esperado desde días atrás, para luego bajar la cabeza.

## Esto tampoco es una pipa

De sacudir y limpiar nuevamente sólo este viejo sillón nos ha quedado. Perteneció a la tía abuela, muchacha alegre y desdentada totalmente al entrar el siglo XXI. Mi padre, ese extranjero, compró el sillón cuando más lo necesitaba la tía abuela, pues en ninguna habitación había asientos. Basta recordar que la tía abuela comenzó a fumar casi todas las tardes a la misma hora, a falta de otra ocupación mejor para relajarse. Acomodaba el sillón frente a la ventana del patio, encendía los cigarros que le compraba mi padre y se sentaba sin decir nada, sin mirar a nadie, salvo la ventana. Pero tía abuela, decía mi madre, a tu edad. No diré que la tía abuela nos ignoraba, terriblemente nos ignoraba. El hábito lo heredó hermana: la descubrí cuando encendió el tercer cigarro tratándose de ocultar en un rincón de la casa. Hermana tuvo pesadillas, lo cual la deprime bastante, según dice, pero no le digas a mi padre, dijo en tono de advertencia, como si aún creyera que yo creía que mi padre fuera a regresar. Comprendí que si hermana fumaba mi herencia sería este viejo sillón tachonado de quemaduras y olor de tabaco. Ahora sólo estamos hermana y yo. Desde que murió la tía abuela ahogada por el humo las cosas cambiaron: mi madre sacó a pasear a Sultán muy temprano y aún no regresa, mi padre se marchó a su país, sin nada porque con nada vino. Ayer mi madre recibió una postal sin gracia, postal que nos hace recordar a la tía abuela:

*Ceci n'est pas une pipe*, dice la imagen de una pipa arrugada. Hermana ve de nuevo la postal, se pone triste y enciende su cigarro; quema la postal y juega con las cenizas como si fuera la primera vez que lo hace. Vamos a limpiar antes de que venga mi madre, le digo a hermana, pero ella sabe que mi madre no regresará, y como hermana es la mayor finge que no llora y apaga el cigarro y se quita su blusa y empieza a sacudir con ella los rincones de la casa y yo no bajo la cabeza y veo los pechitos de hermana. Hemos limpiado toda la casa nuevamente, pero sólo hemos encontrado colas de cigarro, algunas cenizas y este viejo sillón que todavía conserva el aroma del tabaco.

## Hacia atrás

Encuentro particularmente agradables las plazas céntricas. Escuchar los pitidos de los coches, el gorjeo de una tórtola soldada a una rama o escuchar el cuach del excremento de las palomas al caer; me entusiasma. Son los sonidos. Esto le hubiese dicho a mi amigo Nicolás aquella tarde cuando crucé por la Plaza Mitre, antes de interrumpir su lectura de *Se necesitan ojos* en una edición pirata que había adquirido recientemente. Era verano. La lluvia de un día anterior refrescaba de cierta manera el clima. Yo era profesor de literatura en la biblioteca pública, por este motivo raras veces pude bajar a la plaza a escuchar las campanas, pero era frecuente ver a Nicolás sentado en aquella banca leyendo el mismo libro cuando yo pasaba rumbo a la pensión donde me hospedaba. “Qué tal, Nicolás.” No entraremos en detalles para explicar que mi amigo era de barba amplia y roja como una manzana. Si alguna vez volteo de nuevo hacia atrás Nicolás seguirá leyendo algún libro, y las campanas de Nuestra Señora de Aránzazu, coches por Constitución y tórtolas sonarán todavía.

## Alumbramiento

El remitente no mentía. “¿Cómo?” —pensó— “¿Desde cuándo?” Pasó su mano sobre el vientre y creyó sentir a Leonardo —no le gustaba llamarlo producto, como lo nombraba el señor Gómez— dentro de ella. Dejó de tararear una canción y pensó en lo afortunada que había sido al elegir al señor Gómez en lugar de Federico. “¿Por qué nuevamente ahora, en Québec?”, se dijo al leer el remitente en la pantalla. Sabía que no iba a abrir la carta electrónica, de eso estaba segura, pues antes había recibido correos de Federico y todos insistían en lo mismo. A pesar de no habérselo propuesto, aquel muchacho le fascinó siempre, aun con los pantalones largos que él usaba, de sus camisas enormes muy al estilo pocho, recordó. Entonces era demasiado joven para saber lo que en realidad quería. Acomodó sus pies debajo del escritorio, en las pantuflas, y escuchó cómo el señor Gómez tocaba la puerta antes de entrar al dormitorio. Lo miró y sintió cómo le besaba la nuca. Ella cerró la ventana en la pantalla de la computadora, misma que después apagó. Pensó. No eran de extrañarse los distanciamentos que surgieron a raíz de que ella se casara. ¿Cómo?, pensó, ¿de qué manera acuden los recuerdos? El señor Gómez la ayudó a levantarse. Sin decir palabra la llevó hacia la ventana señalando la calesa que cruzaba por la calle a altas horas de la fría noche de primavera. El departamento estaba en la zona de Petit Champlain. Iluminaba la recámara una

lámpara junto a la cama. El señor Gómez avanzó unos pasos, bostezó dos veces antes de subir la temperatura de la calefacción.

—Es una pena que mañana tenga que llegar tarde, ya sabes: junta en el Club Latinoamericano —mintió, ella lo sabía— ¿Sabes? Quisiera que el producto se llamara George. Es un buen nombre, ¿no te parece?

Ella se alejó de la ventana, vio su rostro en el espejo del tocador y se preguntó si aún creería Federico que ella era la persona que había sido; se preguntó si aun seguiría despintada la Plaza del Mundito como en aquella única ocasión que la señorita Barrera había aceptado una invitación de Federico a salir. Pintó sus labios con un protector labial que encontró encima del *Reader's Digest*. Se acercó a la cama y apagó la lámpara, dejando el dormitorio a oscuras. El señor Gómez, lentamente, se acostó al lado de ella y se arropó de pies a cabeza, como acostumbraba hacerlo antes de casarse.

—No digas más tonterías, cariño. Piensa en un bonito nombre.

## Contrataciones

## Alejandra Murcho, la escritora

La escritora Alejandra Murcho (*Flores al atardecer* y *Paralelos*, dos de sus mejores libros) acaba de obtener el Premio Internacional de Literatura Gregorio Echeverría, género narrativa. Este premio es convocado por el patronato de Tigre, provincia de Buenos Aires, Argentina. El hecho no deja de ser curioso, pues Murcho hace pocos días murió de manera nada extraña pero sí inesperada. En su último mail Murcho dice recordarme como un hombre flaco y de mirada perdida. Serio. Incluye algunas risas al evocar aquella tarde que nos conocimos.

De Alejandra Murcho había tenido noticias por internet. Dos o tres relatos donde la región —todo el delta del Paraná— es determinante sobre el actuar de los personajes. Estos relatos recuerdo que me inspiraron bostezo antes que reflexión o goce, pero esto no se lo diría nunca a la autora, mas sé que de alguna manera ella lo sabía. Yo me encontraba en San Fernando, había asistido a un encuentro internacional de escritores convocado por la Sociedad Argentina de Escritores, SADE, Delta bonaerense. Estaba en el despacho de un amigo al que no veía desde hacía años, cuando llegó Nicolás Antonioli, joven poeta que había conocido la noche anterior en la ceremonia de clausura. Había citado a Nicolás a tomar un café en el despacho de mi amigo y a platicar. Después de la presentación de mi amigo a Nicolás, que me resultó innecesaria, pues ya se conocían... ¿quién no se conoce

en una provincia tan pequeña?, Nicolás tuvo el detalle de invitarme a visitar a Alejandra Murcho. Olvido cuál fue mi respuesta, pero ya nos encontrábamos por Constitución despidiéndonos de Juan Carlos, mi amigo, y su asistente. Olvidaba totalmente el nombre de la escritora sanfernandina hasta que la vi en persona. Conservaba el mismo rostro que yo había visto por fotografías en internet.

En su libro *Cartas y ecos*, uno de los relatos a manera de epístola cuenta la historia de Rosa, quien envía una carta a Mercedes. En la carta, Rosa, después de los saludos formales, le detalla la muerte del lechero, de nombre Antonio Benítez, y su familia: cuatro hijas que habían decidido consagrarse al servicio de Dios mueren en un accidente automovilístico. De manera extraña, anteriormente, otra hija de Antonio y doña Rosa había desaparecido. Después mueren la madre, es decir doña Rosa, y Antonio. La carta termina pidiendo información a Mercedes sobre la vida después de la muerte:

Bueno, después de refrescarte esta fatal historia, pues creo que no la sabías con tantos detalles, quiero que me cuentes acerca de las almas que quedan en deuda o con dolor, que me expliques eso de que somos una masa energética; tú siempre me has contado que es un mundo lleno de misterios donde te desenvuelves, que se han comprobado tantas cosas de tantos casos que han estudiado en el país del Norte. Deseo que me aclares algunas preguntas que te haré, ¿qué piensas, por ejemplo, de lo que pasó a la familia Benítez? Mándame libros que hablen de la vida después de la muerte.<sup>1</sup>

Se oyen voces misteriosas, siete para ser exacto, en la casa antes habitada por los Benítez, según cuentan los

<sup>1</sup> Alejandra Murcho, *Cartas y ecos*. Ediciones Ocruxaves, San Fernando, Provincia de Buenos Aires, Argentina, p. 15.

vecinos. El relato termina con una contestación que recibe Rosa, carta escueta que no envía Mercedes. Releo el libro mientras busco alguna semejanza con la vida de la autora.

Llegamos a la casa de Alejandra Murcho, ubicada en la avenida Lavalle 940. Nicolás tocó el timbre y casi al instante abrió la puerta la misma escritora. Saludó muy efusivamente a Nicolás, como saluda una madre a su hijo pródigo: el poeta Nicolás Antonioli que estaba en cierne. Luego Nicolás me presentó como un joven poeta interesante, escritor venido del país del tequila, según sus palabras. Alejandra, mujer entrada en años, rostro pálido y pómulos salientes, llevaba puesta una camisa blanca y pantalón negro. Después de darme un beso consabido nos invitó a pasar.

En la estancia llamó a su esposo, Jorge Ernesto, *guide-accompagnateur*, hombre bajo y llenito, calvo totalmente de la coronilla y que, sin embargo aparentaba menos edad que la de su esposa. Después de saludarnos, Jorge Ernesto (nombre de telenovela mexicana) fue a la cocina y preparó algunos sándwiches mientras Alejandra hacía alarde de su obra literaria, como una niña mimada que presume algún juguete. Jorge Ernesto regresó y nos ofreció vino y sándwich de queso y salami. Yo permanecía callado en esa enorme estancia, sobre todo por estar frente a una escritora que se sentía frustrada. Escribo *frustrada* pues hasta ese entonces ningún libro de Murcho había logrado la difusión deseada por su autora.

En un mail Nicolás Antonioli me cuenta del suicidio de la escritora sanfernandina. La muerte de Jorge Ernesto había ocurrido apenas un año después de mi visita, y esto seguramente hizo mella en el ánimo de Alejandra, quien se quedó sola. Los dos hijos del matrimonio Luján Murcho, Ernesto y Vanesa, ambos casados y radicados fuera de la nación argentina, estuvieron presentes en el



entierro de la escritora. Un periódico local publicaba una esquila muy halagadora acerca de Alejandra y su obra, su aportación para las letras no sólo locales sino nacionales, y luego se incluían reseñas de sus libros, y amistades artísticas y políticas de Alejandra lamentaban la pérdida.

Jorge Ernesto había servido de guía a unos turistas estadounidenses, que bajo los efectos del alcohol, le dispararon cuando salían de Luna Park. Después de una dolorosa agonía de dos noches, Jorge Ernesto Luján falleció en el hospital General de la ciudad de Buenos Aires. Ni Ernesto ni Vanesa pudieron llegar a tiempo para ver a su padre lleno de tubos en los costados, me aseguraba Alejandra Murcho a manera de reproche.

Tienes que leer el cuento, me dice Nicolás, pues con ese ganó el premio Gregorio Echeverría. Nicolás se refiere a “Que por cierto”, cuento que leí más por morbo que por otra cosa, atendiendo el consejo de Nicolás. En el cuento Alejandra Murcho desarrolla un tema carísimo a su familia, tema que el lector puede encontrar en el libro *Leopoldo Murcho, el poeta*. En “Que por cierto” aparece de nuevo la figura de Leopoldo Murcho, padre de Alejandra. El cuento narra cómo este escritor de San Fernando es introducido al ambiente literario nacional por un tal Ernesto Lobos, agente literario que tiene que ganarse la vida sirviendo de guía turístico por el enorme Buenos Aires. Lobos, entenderá el biógrafo, es el héroe olvidado por la historia literaria, héroe que pudo ser Jorge Ernesto Luján. Olvidado porque cuando Leopoldo Murcho logra sacudir las fibras de la nación con sus poemas desconoce la labor titánica que hizo por él aquel guía turístico. Así, al cabo de unos años, Leopoldo, ya tocado por el dedo de Dios, regresa a San Fernando y en un periódico local lee la noticia del asesinato de Ernesto Lobos, sucedido una noche antes; asesinato a manos de unos turistas estadounidenses pasados de copas. “Que por cierto” es un cuento de ambiente paranaense, pero donde los recovecos narrativos de Alejandra Murcho

logran la perfección antes buscada por su autora. Es un cuento bastante interesante por su aporte biográfico.

Encontró la policía el cuerpo de Alejandra Murcho en la estancia de su casa en San Fernando, estancia en la que dos años atrás habíamos convivido Alejandra, Jorge Ernesto, Nicolás y yo hasta altas horas de la noche. Los vecinos, al sentir el horrible olor a putrefacción que salía de la casa de Murcho, y al no ver a la escritora en varios días, temieron lo peor y decidieron llamar a las autoridades, quienes se encontraron con la sorpresa. Alejandra se había cortado las venas. Según explica Nicolás, las heridas eran tan profundas que casi habían desprendido las manos. La depresión fue el detonante para que la escritora se quitara la vida. Sólo una semana después de este acontecimiento se dio el fallo del Concurso Internacional de Literatura Gregorio Echeverría, en Tigre, donde Alejandra fue merecedora de dinero en efectivo, medalla y reconocimiento por obtener el primer lugar con el cuento “Que por cierto”.

En el último correo que me envió, Murcho no hace alusión al cuento, cosa que me extraña, pues anteriormente me hablaba de sus proyectos, de poemas sin publicar y dos libros inéditos de narrativa con los cuales pondría punto final a su obra (libros cuyo paradero, si en verdad los escribió, desconozco, pues según sé no aparecen en los papeles que dejó Alejandra); a cambio, en el mail sólo argumenta su pérdida de mi imagen paulatinamente, achacándole el problema a la edad; luego añade el recuerdo de su esposo y cómo éste gustaba de contar a las visitas cuando el mismo Juan Rulfo visitó San Fernando. Rulfo estaba tan borracho, decía Jorge Ernesto, que me pidió que lo llevara a Plaza Garibaldi, al Salón Corona o a la estación de Taxqueña, ¿te imaginas?, sonreía. Murcho, además, argumenta sentirse sola e incomprendida por los jóvenes escritores que la ignoran. Hasta el mismo Nicolás me abandonó, escribe. Olvidada totalmente, incluso mi obra. Y hace una cita: “Los días de mi pasado

fueron brillantes y con él mi risa estaba acorde, ayudándome a engañar y engañarme, pues para mis ojos los días eran de color gris”. Y termina el mail, sin mencionar a sus hijos. La cita, claro está, pertenece al relato “Mató al poeta”, de su libro *Mi túnel en medianoche*, libro que leo sólo después de su muerte.

No recuerdo a qué horas salí de la casa de Murcho aquella única ocasión cuando, ebrio y casi de rodillas, Jorge Ernesto Luján me acompañó a la pensión donde me hospedaba, a dos calles de la Plaza Mitre. Nicolás se había marchado y yo permanecí en compañía de Alejandra y Jorge Ernesto, bebiendo vino barato. Ignoro de qué hablamos o habló Alejandra. Leo de nuevo el último mail y pienso en la cita de la escritora. Es en ese pasado donde guardo en mi recuerdo a Alejandra Murcho: delgada, cabello pintado de naranja, manos flacas y enorme sonrisa. Miro a Alejandra al lado de su esposo, Jorge Ernesto, cuya anécdota de haber paseado a Juan Rulfo borracho por todo San Fernando gustaba recordar.

## El caso de Facundo Mallea Reyes

Lo que menos esperaba era encontrarse con Facundo Mallea Reyes a esas horas de la tarde. Aún quedaban algunos invitados de la fiesta infantil en el área de juegos, algunos niños que pedían atención y cantaban alegremente:

Mambrú se fue a la guerra  
y no sé cuándo vendrá.

Quien esto escribe vio a Mallea Reyes, sentado junto a la ventana, alzar el brazo como reclamando, igual que los niños, la atención de Roberto. Un cliente es un cliente, había dicho Roberto, nuestro jefe inmediato. Dolores fue tajante, yo no iré, y se alejó molesta. Sospechaba que Dolores y Roberto tenían una relación más allá de lo laboral; por lo tanto, sentí que la sentencia de Roberto sobre los clientes estaba dirigida a Óscar o a quien esto escribe para que atendiéramos al viejo Mallea Reyes.

—Facundo Mallea Reyes, escritor. ¿Cuántas veces te lo he dicho? Espero a alguien. Por lo pronto tráeme un café americano y un vaso con agua —le dijo el viejo cuando se le acercó para ofrecerle algo de tomar (en su gesto la mueca de bienvenida que nos exige la empresa frente al cliente). Quien esto escribe había perdido el volado con Óscar. Tendría que ocuparse de esa mesa en la cual se encontraba Facundo Mallea Reyes, escritor y publicista

por necesidad en los últimos años, aseguró. ¿Por qué precisamente ahora había decidido cambiarse de mesa el viejo Mallea Reyes? Siempre se sentaba del lado poniente del local, donde se encuentra el área de no fumadores, para inspirarse y escribir los relatos sobre pederastas que lo hicieron famoso en cierto momento, supuso. En el lado poniente también se encuentra la división de juegos para niños. Fue Dolores quien mencionó el nombre de Mallea Reyes cuando ella se encargaba de aquella área.

—¿Quién? —le preguntó cuando checaba la tarjeta de entrada.

—Un viejo. Mallea, dice que se llama.

—¿Mallea Reyes?

—Un viejo rabo verde. Dice que es escritor. Se la pasa hable y hable solo, dice que está esperando a alguien que nunca llega, y cuando una va a servirle café habla de sus libros, como si me importara la lectura. ¿Te imaginas?

Quien esto escribe cometió el error de decirle a Dolores que había leído algo de Mallea Reyes y que no le había gustado. Error porque a partir de ese momento fue apodado El literato por algunos compañeros de trabajo, y por otros El criticón. Unos y otros se burlaban de él a sus espaldas.

Quien esto escribe había terminado los estudios en literaturas hispánicas, mas no pudo encontrar trabajo inmediatamente, o por lo menos no con un título universitario. Esto lo desesperó. Sabía muchas cosas, tenía un excelente curriculum, pero eso poco importó en las escuelas y periódicos a los que fue a pedir trabajo. Decidió alejarse totalmente de los libros que hasta ese entonces había amado con relativo entusiasmo; se alejó de sus primeros y únicos intentos de hacer literatura. Se dedicó a buscar un empleo no como licenciado en letras sino como un joven que había terminado la preparatoria. Así es como quien esto escribe obtuvo el empleo en el café de la calle Corrientes antes de su encuentro con Mallea Reyes.

Había escuchado el nombre de Facundo Mallea Reyes en la preparatoria. Aún se acostumbraba leer las obras de literatura en el aula y en voz alta. La profesora de literatura universal (una viejita estrábica, de pelo pintado de amarillo) nos dijo que íbamos a leer cuentos de escritores mexicanos, y que uno de esos escritores era amigo suyo: Facundo Mallea Reyes, un excelente escritor (sí, excelente). El apellido del autor le sonaba raro; tal vez fue por esto último que no olvidó tan pronto el apelativo. El cuento le gustó simplemente porque sí. El argumento: una muchacha viaja a Guadalajara y conoce a un escritor que es muy famoso. El escritor se enamora de la muchacha, tienen un romance a pesar de que está casado, es gay y tiene dos hijos, y ella es menor de edad; luego Bere, la muchacha, y Sergio V., el escritor, se casan y tienen un hijo tonto; el hijo degüella al padre/escritor en el baño de la casa mientras Bere se masturba en el sótano con un cepillo de dientes eléctrico.

Quien esto escribe era tímido y reservado, no pidió más información acerca de Mallea Reyes ni de sus libros. Además sus preocupaciones se apartaban mucho de ese tipo de lecturas, así que paulatinamente trató de olvidarse del autor del cuento. Fue en la universidad cuando comenzó a leer de manera comprometida o rigurosa, según creyó que lo exigía la academia. Había decidido estudiar psicología, pero sus calificaciones en el examen de admisión no le alcanzaron para ingresar. Como segunda opción estaba la carrera de letras. La tercera era ingeniería civil. Los primeros meses en la Escuela de Letras fueron de adaptación al estilo de vida universitario, cosa que no pudo lograr sino muy avanzada la licenciatura, por causa de su timidez. Quien esto escribe es una persona poco sociable; no hizo amigos, ni siquiera compañeros. Cursaba el quinto semestre. Fue en una clase donde un profesor habló de Mallea Reyes en la materia de Literatura Mexicana II.

—¿Lo han leído? Es un interesante escritor (sí, muy interesante) al que no se le ha reconocido su talento. Les recomiendo cualquiera de sus tres libros: *Personario*, *Tiempo de disfrazarse* o *La niña que orina los tomates* —había dicho el profesor Mondaca—. En la clase de mañana vendrá Facundo Mallea Reyes, lo invité a dar una plática sobre literatura.

Aunque tímido, quien esto escribe era entonces un buen lector (sí, definitivamente era un buen lector) y puede asegurar, primero con orgullo luego con fastidio, que fue el único alumno que inmediatamente después de terminar la clase se dirigió a la búsqueda de los libros de Mallea Reyes.<sup>1</sup> Para su sorpresa, los primeros dos títulos estaban en la biblioteca escolar. *Personario* fue reeditado por la universidad hace un año, mientras que *Tiempo de disfrazarse* fue publicado recientemente por el Instituto de Cultura, lo mismo que *La niña que orina los tomates*.

En casa, luego de hacer una reseña acerca de los poetas de la generación del 27 para la clase de literatura española contemporánea (¿contemporánea para quién?), se acomodó en su cama a leer los dos libros de Mallea Reyes que había pedido prestados en la biblioteca. Encontró el cuento “Mi última vida con mi escritor favorito” en el libro *Personario*. El cuento, si bien es cierto que no lo atrapó como había pasado antes, le trajo bellos recuerdos.

<sup>1</sup> La apatía de algunos alumnos universitarios llega a tal extremo que jamás asisten a presentaciones de libros que se realizan fuera de su escuela, a no ser que obtengan créditos extra en las materias escolares. Incluso los profesores a quienes comúnmente se les mira como académicos interesados por la literatura, pocas veces asisten a eventos literarios. La apatía de estos profesores contagia a ciertos alumnos que no leen, y si leen es exclusivamente los libros que verán en clase. Si un escritor no está condenado a escribir (Zaid), un alumno de literatura tampoco está condenado a estudiar este arte toda su vida, pero sí debe considerar la preocupación estética o el compromiso por las letras. Además, algunos profesores universitarios ignoran casi o totalmente la literatura actual, la que se está escribiendo en este preciso momento. ¿Acaso tienen que conocerla? La decepción de los alumnos realmente preocupados por la literatura, los comprometidos con su literatura, puede ser a raíz del punto anterior.

En cuanto al tema, éste era y no era lo mismo. Supo entonces, con la distancia, que el escritor favorito se refería a Sergio Valencia (1944), escritor local, autor de novelas costumbristas y amigo íntimo de Mallea Reyes. Ahora el cuento le parecía hueco, con diálogos acartonados. Era el cuarto en el libro, de un total de ocho. Continuó su lectura esperando que los cuentos mejoraran adelante. Pero eso no sucedió. Todo lo contrario: *Tiempo de disfrazarse* era igual de aburrido que el primer libro. Se veía, eso sí, un manejo más consciente de la técnica narrativa, pero también se mostraba una falta de oficio. Los libros eran redondos en cuanto a la trama, tuvo que reconocerlo, mas se perdían en el morbo, explotaban las frustraciones de los personajes. Era evidente que el autor se había preocupado en narrar simplemente por narrar, sin preocuparse por dar a sus personajes emociones o sentimientos humanos. ¿Y este era el “interesante escritor olvidado”? Odió a los profesores, se odió a él mismo por atender esos casos de camaradería que se daban entre profesor y escritor. (Éste fue en definitiva el primer paso de odio hacia la literatura y quienes la realizaban; odio hacia los encuentros literarios y las presentaciones de libros.) Al terminar la lectura de los libros tenía un sabor amargo en la boca, que aumentó al día siguiente cuando en clase el profesor Mondaca nos presentó a Facundo Mallea Reyes, quien se sentó detrás del escritorio y comenzó a hablar con un lenguaje vulgar, lépero, de la narrativa mexicana contemporánea y actual, en la cual —está por demás decirlo— él estaba incluido. La charla tomó el rumbo de los libros de Mallea Reyes: momento y etapa que él vivía cuando escribió su obra. Además, a modo de secreto a voces, nos comentó que estaba próximo a publicar una novela titulada *Conflicto de día* en una editorial de España. Habló Mallea Reyes de su etapa universitaria en la cual todo había sido aprendizaje, lento pero instructivo, de cómo el profesor de Literatura Mexicana II fue su compañero universitario; recordó los salones, compañe-

ros de generación (degeneración) y profesores, e hizo referencia a su futuro como escritor. Mallea Reyes no era tan joven como se veía en la solapa de los libros que sacó de la biblioteca. Tenía abundante barba, ojos claros. No era alto, pero sus zapatos le hacían parecerlo. Era obeso.

La clase terminó y quien esto escribe trató de olvidarse de ese patético hombre que habló sobre cómo había leído a todos los escritores del boom latinoamericano, subrayando la palabra todos como retando a que alguien se atreviera a cuestionarlo sobre X suceso en *Cien años de soledad*, el nombre de un personaje secundario en *El obscuro pájaro de la noche* o la preocupación estética en *La ciudad y los perros*. Les recomendó lecturas de escritores locales, de nuevo una espantosa X, amigos de juventud. Quien esto escribe trató de olvidar el apellido del escritor favorito de muchos mediocres, entonces considerado por los profesores algo menos que una vaca sagrada, todo un icono en la literatura mexicana hay que agregar, pues sus publicaciones, con la ayuda del internet, abarcaban gran parte de las páginas de blogs literarios de Hispanoamérica y del mundo.

Quien esto escribe terminó a golpes de palo la licenciatura y comenzó a buscar trabajo. Se encontraba harto de libros y escritores. Se sentía frustrado, decepcionado por la licenciatura. Su excelente curriculum no era suficiente: había asistido a todos los encuentros literarios, y en los últimos semestres a los foros de estudiantes con la única intención de tener constancia de asistencia, pues le aburrían en exceso la retórica y las figuras encontradas en las obras. Pero su curriculum poco importó en la dependencia de Recursos Humanos. Así fue como quien esto escribe terminó trabajando en el café de la calle Corrientes, esquina con Paraná.

Dolores le había hablado de Mallea Reyes, de los piropos que le lanzaba. Lo mismo dijo Roberto, pero que conste que yo no le hago a eso. Para cuando se acercó a la mesa, pensaba en Mallea Reyes como un personaje

de cuento. Me hice la idea de un Facundo Mallea Reyes como una persona que estaba desesperada porque su nombre se diera a conocer. Una noche después del trabajo soñó a Mallea Reyes en una situación extrema y complicada: un compañero de clase literaria le dice lo mal que escribe un cuento y Mallea Reyes lo toma como algo personal, se ofende a tal grado que golpea a su compañero. Por supuesto, evitó hasta donde pudo la tentación de escribir el sueño a manera de cuento; él mismo había decidido cancelar su discurso.

En el café Domínguez, Facundo Mallea Reyes no parecía la misma persona que había asistido a dar una plática sobre literatura escasos años atrás en la universidad. Quien esto escribe lo vio cansado, con los ojos vidriosos. Su peso era el doble que el de antes. También estaba calvo. Sin embargo, Mallea Reyes conservaba la barba y lo pedante.

—Soy Facundo Mallea Reyes, escritor. ¿Cuántas veces te lo he dicho? Espero a alguien. Por lo pronto tráeme un café americano y un vaso con agua. Ah —alzó la cabeza—; pero tú no eres Roberto. ¿Por qué no vino Roberto a atenderme? Que venga Dolores o Yanet, muchacho.

—Están ocupados, señor —le contestó de la manera más cortés que pudo para ir preparando el anzuelo.

En el último coloquio escolar al que asistió quien esto escribe, coloquios que se organizaban cada dos años, no faltaron las ponencias sobre la obra de Facundo Mallea Reyes, su última (y única) novela y sus repercusiones para la narrativa regional. Los ponentes —por lo general profesores de la universidad o amigos cercanos a Mallea Reyes— hablaban maravillas de la obra, de cosas que muchas veces no estaban en los libros de este autor internacional. Subrayaban la insistencia de Mallea Reyes por explotar las bajas pasiones, esos lugares comunes de la literatura, cosa que me pareció pobre y me originó bostezos.



Quien esto escribe tenía a Facundo Mallea Reyes frente a él, en la mesa esperando su café.

—Yo lo conozco a usted —le dijo cuando sacó del carrito de bebidas una taza.

—¿Qué?

—Sí, he leído sus libros. ¿El escritor y publicista Facundo Mallea Reyes, verdad?

Abrió la puerta lateral, sacó una servilleta, la acomodó a un lado de la taza que llenó de café; al tiempo, con la otra mano, puso sobre la mesa dos sobres con sustituto de crema.

—Ah, qué bien, muchacho. Por lo menos veo que tienes cerebro. Por necesidad eh, por necesidad he sido publicista —dijo con delicado acento—. ¿Y qué te han parecido mis libros?

Quien esto escribe hizo un gesto ambiguo.

—Ya me lo sabía yo. A todo el mundo le gusta lo que escribo. ¿Verdad que soy mejor que Jorge Cruz y Joan Gerardo Pacheco? Pero tú no has leído a esos cuentistas regionales, me imagino, y qué bueno. ¿O siquiera has leído a Eve Gil o a Antonio Ramos? Esos viejos son unos tarados frente a mí. Son así de chiquitos —de nuevo el acento.

El vaso con agua podría esperar. La canción seguía sonando cada vez más débil.

Mambrú se fue a la guerra  
y no sé cuándo vendrá.

Quien esto escribe se sentó del otro lado de la mesa de Facundo Mallea Reyes, sin su permiso, señor. No era posible que ese vejete —poco menos que una vaca sagrada para los escritores locales y para sus amigos— se atreviera a decir eso de los verdaderos escritores, de los escritores con oficio. Roberto asentía del otro lado del establecimiento, eso es, un cliente siempre será un cliente, pero cuida tu distancia. Quien esto escribe tenía que

enseñarle algo a Mallea Reyes. El pez había picado, tenía la atención del viejo, ya escuchaba cómo Mallea Reyes hablaba de sí mismo como un excelente escritor; no, como EL ESCRITOR FACUNDO MALLEA REYES. Los niños de pronto bajaron la voz, voltearon a vernos. Alguien tenía que decirle que él era poco menos que una caca. Alguien tuvo que enseñarle.

## La feria

Incluso en esta tarde con neblina bajamos a la feria a ver al escritor, un ser dotado de una sensibilidad distinta al resto de los seres humanos. Mi hermana y yo pasamos el detector de metales y buscamos la sala. Preguntamos al guardia de seguridad. Derecha, luego a la derecha de nuevo, verán un letrado. Tal vez el espectáculo ya comenzó. Avanzamos hasta llegar a una puerta donde se encuentran tres reporteros que esperan a que suceda algo realmente extraordinario. Entramos a la sala y vemos al escritor, hombre sin rostro. Cuando digo que *es* un hombre sin rostro no me refiero a algo metafórico o figurado; me refiero a que en realidad es un hombre sin rostro. Las turistas rubias que vienen desde Los Ángeles a correr olas en verano o el vino rojo etiquetado en Oporto, vía Lisboa, que tenemos en casa no son comparables al espectáculo que ofrece el escritor. Mi hermana, como buena universitaria, me dice: “Estate quieto. No te rías, no hables en voz alta, mucho menos bisbisees pues cualquier movimiento o gesto llamará la atención del escritor y puede hacer un cuento de ti. ¿No te gustaría eso, verdad?” Le digo que no, y miro atento a las personas que observan cada movimiento de este hombre sentado junto a una mesa de mantel rojo escandaloso. El escritor dice no sé qué a las personas sentadas en primera fila, quienes aceptan o niegan con la cabeza sin comprender realmente. En la mesa del escritor hay un letrado: “Nombre del



famoso escritor, quien dice no ser escritor pero que a sobra de mucho tiempo libre se pone a escribir”. Hay una laptop sobre la mesa, esperando ser tecleada por este maravilloso hombre. Algunos fotógrafos hacen su trabajo. Hay libros, hojas debajo de la mesa, un arreglo floral casi en el centro. “¿Verdad que es como te conté?” Sí, Noelia. Tengo ganas de orinar, pero no le digo nada a mi hermana. El escritor gimotea, se nota algo incómodo y hace un gesto que ninguno de los presentes entendemos. Pienso que no hablamos su mismo idioma. Sin duda alguna hace puchereros. Se acerca a la computadora y escribe. Tal vez ahora sí haga un cuento de alguno de nosotros. “Voy al baño.” Yo no hago movimiento alguno. No quiero que haga un cuento de mí, de cuando no me muevo cuando mi hermana se aleja. Un ser genial como el escritor no podría hacer un cuento de mí siendo yo tan ordinario. Tan simple. Mi hermana. Ella sí hace cosas interesantes. Ella ha estudiado la universidad y sabe inglés y un poco de francés. Seguramente ella sí entrará de pronto en el cuento del escritor. Será un personaje que deteste el café, porque a Noelia no le gusta el café, ni siquiera con pan. El escritor termina de escribir. Hace un gesto con una mano y una persona a la que yo no había visto antes se acerca a él, lee lo que hasta aquí ha hecho el escritor, este hombre único que tiene tiempo de sobra para escribir. Y el extraño asiente. Sale y entra de nuevo con un plato con lentejas o cazuela que el prudente escritor no come. Afuera de la feria hay neblina. El espectáculo por hoy ha terminado. Luego, dentro de un mes, ya que estos espectáculos sólo se ofrecen una vez al mes, vendremos de nuevo a la feria.

Y todo será de nuevo igual.

## Norma Alarcón y Tole

*Welcome to the unknown dimension*

Lo busqué  
pero ocupó otros espacios  
unos incomprensibles a los míos  
pudo encontrarme y no quiso  
al escribir estas líneas  
un adormecimiento recorre mi yo derecho

yo soy diestra

*Norma Alarcón*

Recibo un paquete de revistas literarias por mensajería, lo cual, como a un niño, me alegra. Las revistas son del Colectivo Tole. Melas envía Norma Alarcón, escritora. Con Alarcón solamente he tenido un encuentro personal. Fue en el invierno del año pasado, en Villa Ahumada, Chihuahua, durante el Primer Encuentro de Poetas en esa villa, evento organizado por el señor Osvaldo Ogaz. El contacto con Norma Alarcón había sido hasta ese entonces, y lo es hasta este momento, por correo electrónico. Un amigo me habló de esta escritora, de sus artículos publicados, de los poemas de tendencia social y enfrentamiento duro con la vida. Así me fui creando una imagen de Norma Alarcón, donde ella (no sé por qué me viene a la mente la revolución cubana, tan lejos de mí, o el México del 68, igual de lejano) pancarta en mano y fusil en la espalda, anda por las calles más inverosímiles gritando a todo pulmón la enajenación del sordo mundo. Este amigo que me habló de Norma me pasó su correo electrónico, mismo al que inmediatamente escribí y agregué entre mis contactos de messenger. Media hora después de agregarla platicaba con Norma. Ella, luego de que me presenté formalmente, supo de mi interés por su obra, misma que había publicado en revistas literarias, al igual que en la revista *Tole*, de la cual supe

por primera vez. Conforme avanzó nuestra relación por internet, sobra decir que la imagen que me formé de Norma fue la de una persona distinta a la cual vería después, imagen de la cual me enamoré como el chiquillo se enamora de su maestra de preescolar; digo que conforme avanzaron nuestros correos y conversaciones más me entraba la curiosidad de saber de la escritora y su persona. Fue entonces cuando, buscando un pretexto para viajar a Ciudad Juárez y conocer a Norma, ella me habló de un encuentro de poetas en Villa Ahumada. Había que enviar curriculum y material literario para leer. ¿Asistiría Norma? Por lo común, sucede en estos encuentros que no hay selección sino variedad de los ponentes o lectores; el encuentro en Villa Ahumada no sería la excepción pues todo aquel que envió participó, pude constatarlo al no haber un filtro para los lectores. Norma conocía al organizador. ¿Por qué no envías?, me preguntó. Armé mi material, poemas ripiosos, y los envié al correo electrónico que ella me pasó en cuanto le pedí que me confirmara si ella asistiría. Para mi sorpresa, días después, me contestó el organizador a manera de acuse de recibo: el encuentro será en tal fecha y leerás en tal día a tales horas. A sólo unos cuantos meses de que mi amigo me diera el contacto con Norma, ya preparaba mis maletas para ir a Chihuahua y conocer en persona a la joven escritora. En el autobús, de regreso a mi ciudad, comencé a escribir el cuento “Primeras ausencias”, donde desarrollo un poco más mi experiencia en ese encuentro de poetas, mi breve y apurado encuentro con Norma Alarcón. El comité organizador, con apoyo del gobierno municipal, se haría cargo de la alimentación y el hospedaje; el traslado corre por tu cuenta, bato, aseguraba Osvaldo Ogaz. Como entonces no trabajaba, vendí algunos libros para juntar fondos para mi viaje, ver a Norma, y asistir al encuentro de escritores. Esa era mi bitácora. Sucedió: reuní el dinero suficiente al pedirle prestado dinero a un amigo y un día antes de que comenzara el evento tomé el

autobús que me llevaría a Chihuahua, luego otro a Villa Ahumada. Casi veinte horas.

El Colectivo Tole no sólo tiene la actividad de la revista, “somos grafiteros, con tendencias a la propaganda etc. etc. fotógrafos, performancers”. En cuanto a la revista *Tole* esta “es una revista apartidaria mas no apolítica”, según comenta Norma. La revista se edita cerca de Ciudad Juárez y su distribución es en Chihuahua, Ciudad Juárez, Durango y Tijuana. La revista es de formato carta, con portada a color, e interiores a una tinta. El colectivo lo integran Norma Alarcón (Buba), Gil Sánchez Soto, Samuel Chavarría, Juan Gaytán (Safa), Marcela Bermeo, Alejandro Muñiz, entre otras personas. Sitio en internet del colectivo: [www.tolelerolero.blogspot.com](http://www.tolelerolero.blogspot.com). Además, Buba y Safa se encargan del folleto *Subterra*, de tendencia social/demócrata más explícita.

Ahora bien, si es o no literatura lo que el lector encuentra en la revista *Tole* o los textos de *Subterra*, o sobre si los encuentros con las comunidades son simplemente una fiesta de vagos raya paredes (según palabras de X, amigo cercano al colectivo) la verdad es que poco importa, puesto que los integrantes del Colectivo Tole son jóvenes desengañados de la vida. Léase “Con los ojos abiertos en lugar de Desengañados”. Al menos, así lo menciona el manifiesto (mal redactado, cabe señalar, con serias faltas de ortografía) que el lector encuentra en el sitio de internet antes señalado:

[...] Siempre la sociedad dice haz una sola cosa y por eso vales. Multidisciplinarios, polifacéticos, transdisciplinarios decimos nosotros, no es necesario limitarse. Mis límites serán los límites de mi espíritu y el espíritu es infinito. Para que sirva el arte? El arte sirve para sanar. Sino transforma la vida del receptor no funciona. El verdadero arte no es por el dinero, sino seríamos muñecos de hollywood. En esta sociedad industrial y capitalista alguien tiene que hacer

algo gratis. Gratuidad total decimos nosotros. debe desvincularse categóricamente de toda estructura convencional del consumo del arte. NO SOMOS COMERCIANTES.

No hagas arte para otros artistas, hazlo para la gente. Arriégate, pero no seas espontáneo, el arte no es una ocurrencia.

No derecha no izquierda. Nuestro partido es el partido de la humanidad. [Sic]

*Subterra* menciona algo semejante. Desconozco la relevancia del Colectivo Tole, de los colectivos que están en Chihuahua, y por extensión en todas partes; sin embargo sé de las buenas intenciones de promover la cultura sin fin partidario, según insisten algunos de sus integrantes.

En Villa Ahumada conocí a la escritora Norma Alarcón, entre otras personas literarias interesantes de Chihuahua, personas ajenas a los colectivos. Había algo en Norma que me atraía de manera natural, cierto encanto en sus cachetes quemados por el frío, aunque yo no compartía en casi en nada sus ideas políticas o literarias; esto lo sabe la escritora de Ciudad Juárez. Recuerdo que por halago le ofrecí una revista literaria en el estacionamiento del motel donde nos hospedábamos los escritores participantes en el encuentro. La revista que le ofrecí la editamos un amigo y yo. Norma sonrió y quedó en darme una revista *Tole*, pero algunas circunstancias impidieron que me la entregara. Hoy recibo un paquete con el último número de la revista que dirige la escritora Norma Alarcón en agradecimiento por las revistas que le entregué entonces. El paquete que le pedí por mail. Me envió varios ejemplares. Reservo algunos para los interesados.

## Índice

### Mundos menores

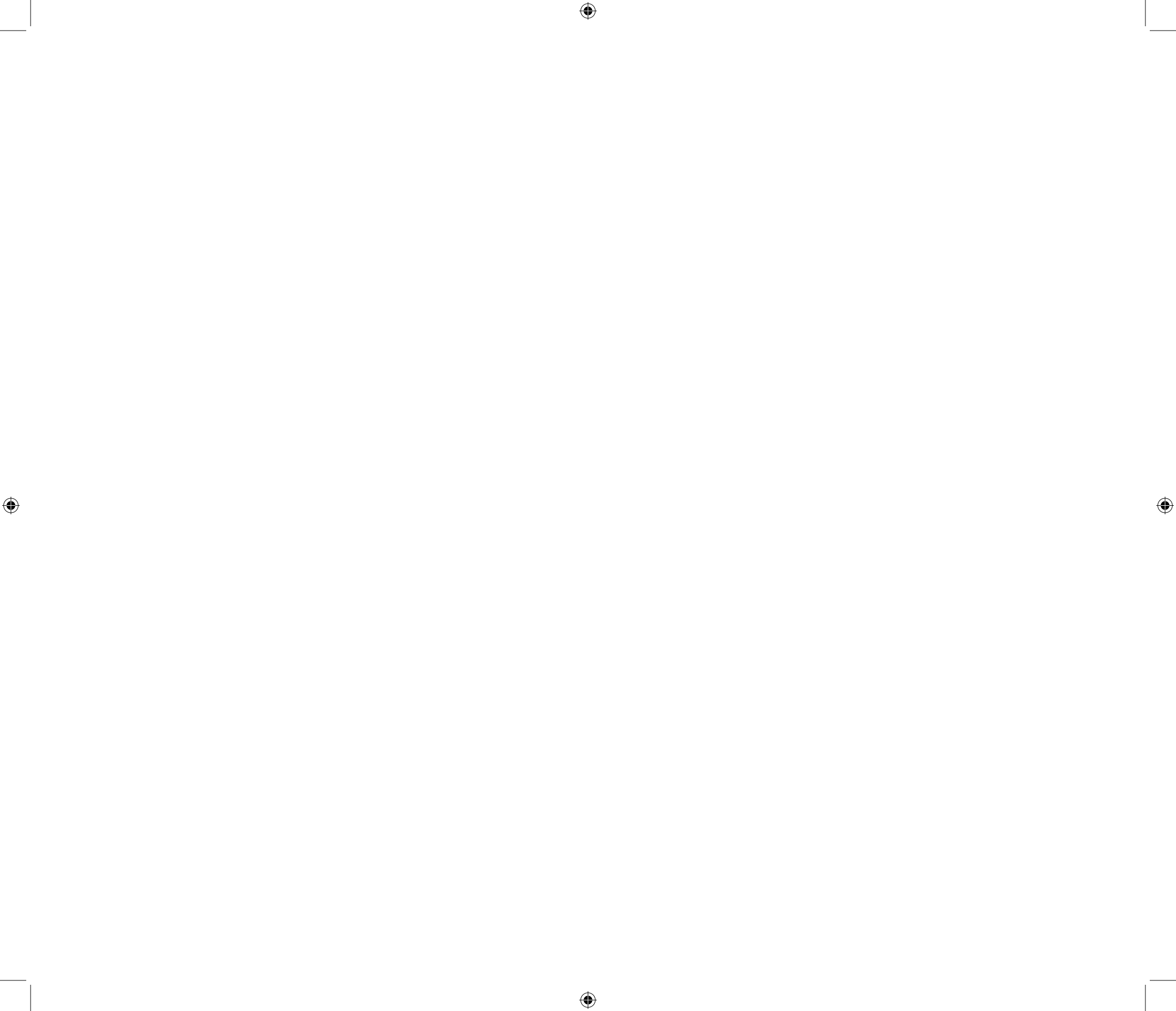
Primeras ausencias	9
El escritor	23
Contraataque	29
Mundos menores	33

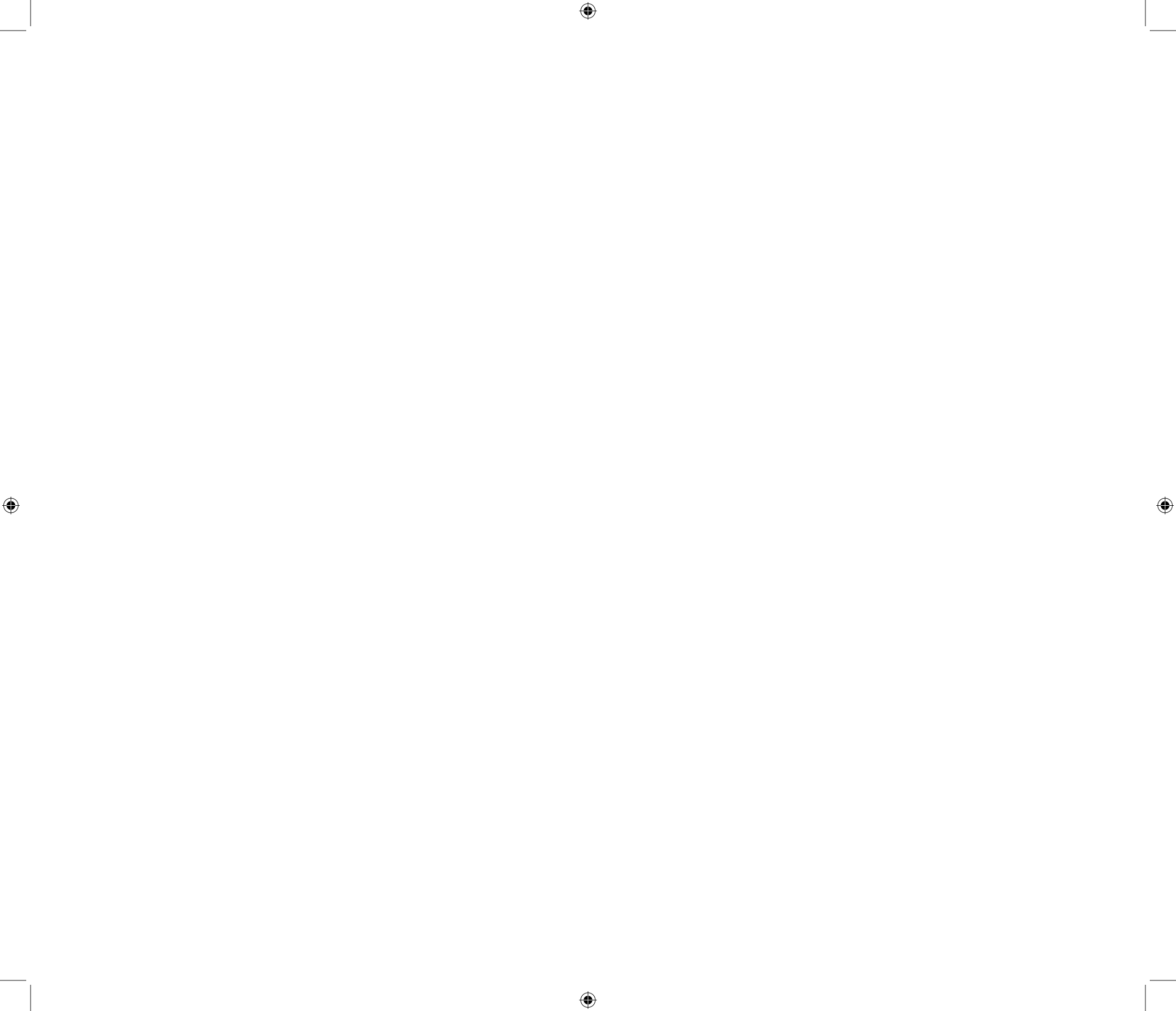
### Para causar

Lado ciego	49
Conste	51
Esto tampoco es una pipa	53
Hacia atrás	55
Alumbramiento	57

### Contrataciones

Alejandra Murcho, la escritora	61
El caso de Facundo Mallea Reyes	67
La feria	77
Norma Alarcón y Tole	79





COLOFÓN